

SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE
VICTORIA OCAMPO

AGOSTO DE 1938

AÑO VIII

BUENOS AIRES

S U M A R I O

V I C T O R I A O C A M P O
SARMIENTO

A M É R I C O C A S T R O
*EN TORNO AL "FACUNDO" DE
SARMIENTO*

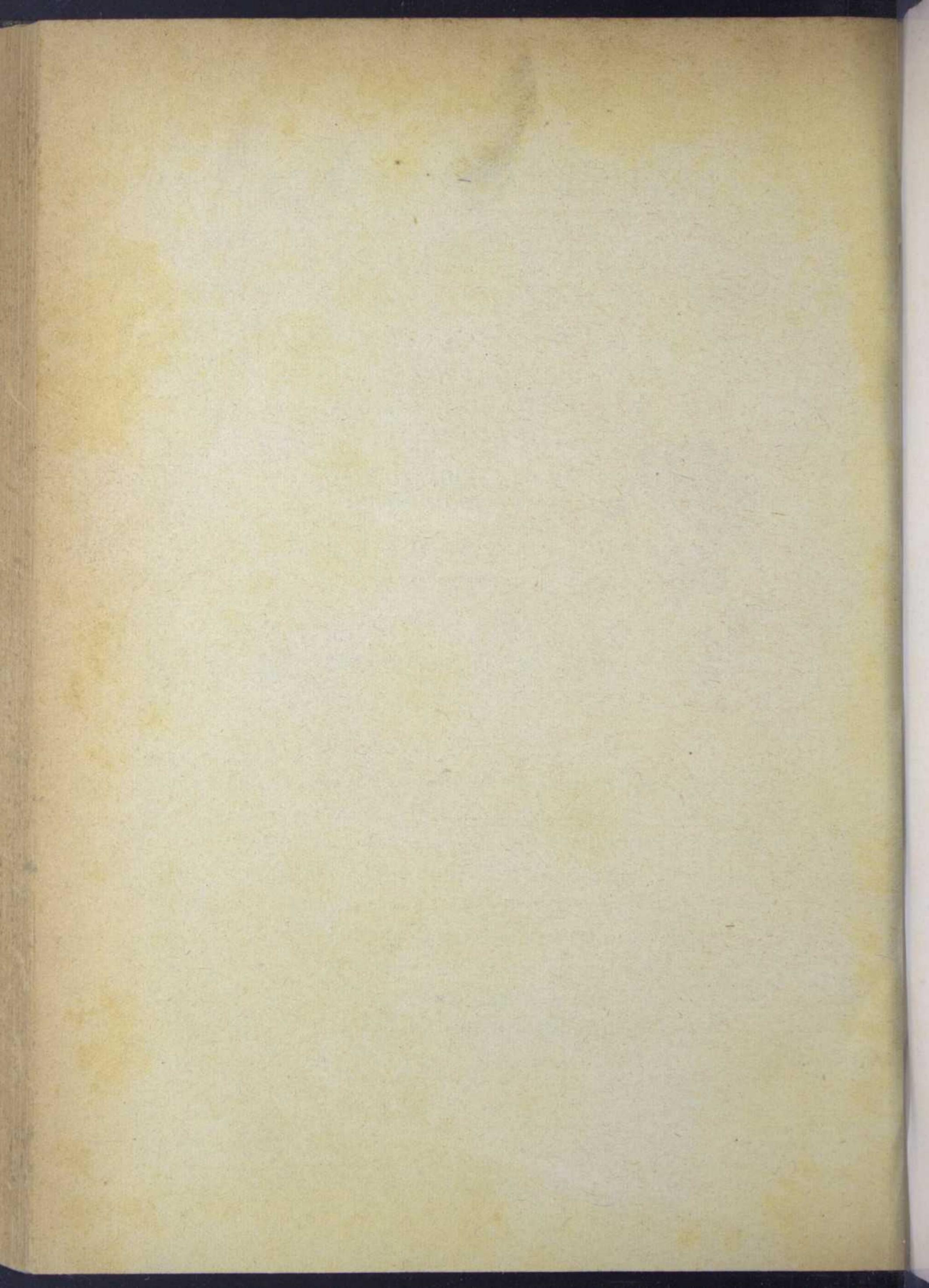
A N Í B A L S Á N C H E Z R E U L E T
*LA GENERACIÓN DE SARMIENTO Y EL
PROBLEMA DE NUESTRO DESTINO*

S E B A S T I Á N S O L E R
LECCIÓN DE ACTUALIDAD

B. C A N A L F E I J Ó O
ESCORZO DEL "DOCTOR MONTONERO"

N O T A S

Robert Weibel-Richard: El testimonio de Bernanos y la responsabilidad del cristianismo ☆ *Rafael Pividal*: Un ministro nacionalista insulta a Maritain ☆ DOCUMENTOS ☆ *Augusto José Durelli*: La unidad entre los católicos ☆ LETRAS HISPANOAMERICANAS ☆ *Jorge Luis Borges*: La amortajada ☆ *Octavio Paz*: Cultura de la muerte ☆ MÚSICA ☆ *Jorge Pinto*: una Ópera de Monteverdi en el Teatro Colón ☆ *Wilhelm Backhaus* ☆ CALENDARIO ☆ (Revista de temas del mes).





Recuerdo a la señorita
Victoria Ocampo. Chile

S A R M I E N T O

Creo que la mejor manera de recordar el cincuentenario de la muerte de Sarmiento es publicar algunos fragmentos de su obra, y he elegido precisamente aquellas páginas que parecen contestar a problemas actuales en el mismo sentido en que hoy día los contestaría "Sur". En esta selección no me he preocupado, como se verá, de belleza literaria, sino de orientaciones, de temas y de enfoque de esos temas.

Habiendo oído desde la infancia pronunciar con admiración y cariño el nombre de Sarmiento, amigo de los míos; familiarizada con menudos detalles de sus frecuentes visitas a la vieja casa de mi bisabuelo, en Florida y Viamonte —donde llegué a vivir los primeros años de mi vida—, debo confesar que, hasta hace poco, conocía a Sarmiento sin conocerlo casi. Lo conocía de segunda mano, indirectamente. Me pasaba con él algo de lo que nos sucede a veces con los libros que nos recomiendan demasiado: los tenemos en la biblioteca, tan a nuestro alcance que no los leemos. No los leemos hasta el día en que los abrimos, por casualidad, y damos con un pasaje que parece escrito especialmente para nosotros... Entonces ya nos sentimos ligados para siempre a ellos,

como a personas que han sufrido simultáneamente con nosotros una misma angustia.

Debo agregar, para mayor vergüenza mía, otra confesión. Me habían repetido a menudo durante mi adolescencia: “¡Si hubieras conocido a Sarmiento!” Y la adolescencia es una edad terrible, en que las recomendaciones de los mayores y sus preferencias nos llenan de desconfianza y rebeldía porque suenan a lecciones que es menester desobedecer para seguir estando plenamente de acuerdo con los mandatos interiores. En la infancia, cuando se nos condena sin apelación a tomar un plato entero de sopa antes de probar el postre, atribuyéndole a la sopa incomprensible jerarquía, sentimos una impaciencia análoga. En una palabra, que yo había acabado por acostumbrarme a no leer a Sarmiento.

Un día gris de lluvia, en San Isidro, me puse a ordenar libros viejos en la biblioteca. Gruesas gotas de agua golpeaban los vidrios de la ventana cuando me acerqué a ella para mirar la fecha de unas obras completas de Sarmiento, editadas en Santiago de Chile, que me habían caído entre manos. En el silencio del campo el ruido sedante de la lluvia daba sueño y el volumen abierto en la primera página (*Tomo IV. Ortografía, Instrucción Pública. 1841-1854*) también. Pero no sé bien en qué instante, el ruido monótono del aguacero y el nombre impreso en la hoja amarillenta se unieron. Y al unirse oí una voz tantas veces oída en ese mismo cuarto; de esas voces que quedan para siempre en las casas de nuestra infancia porque las llevamos dentro, como llevamos fuera el color de unos ojos o la forma de una sonrisa: “El día del entierro de Sarmiento llovía... Yo estaba en la ventana... Vi pasar a tu padre...” La lluvia debía pegar en el vidrio como ahora, pensé; y,

como si ese libro sobre ortografía e instrucción pública fuese un puente para acercarme a aquella voz, a aquella muchacha que desde su ventana miraba pasar un entierro, a aquel muchacho que iba por la calle mojada, sin pensar yo en Sarmiento sino como en el lazo que me unía a recuerdos más valiosos que una biblioteca, abrí el volumen y comencé a leer la página 411, porque allí se abrió... y topé con Sarmiento en persona, que había estado esperándome en esa página. Topé con el espíritu de ese hombre; topé con lo que, en estos precisos momentos, me reconforta en ese espíritu.

Quizás haya de reconfortar también a otros. Y deseando, como siempre, compartir con ellos este tesoro que el reparto no disminuye, encabezo esta serie de fragmentos con la página que fué el comienzo de mi amistad actual con Sarmiento. Amigo que tanto me recomendaban y que llegó a mi lado como los grandes amigos cuando más falta me hacía, en el silencio, en la soledad de un día de lluvia.

VICTORIA OCAMPO

SARMIENTO Y LOS LIBROS

Para el salvaje no hay pasado, no hay historia, no hay artes, no hay ciencias. Su memoria individual no alcanza a atesorar hechos más allá de la época de sus padres y de sus abuelos, en el estrecho recinto de su tribu, que los trasmite por la tradición oral. Pero el libro es la memoria de la especie humana durante millares de siglos: con el libro en la mano nos acordamos de Moisés, de Homero, de Sócrates, de Platón, de César, de Confucio; sabemos palabra por palabra, hecho por hecho, lo que dijeron o hicieron; hemos vivido, pues, en todos los tiempos, en todos los países, y conocido a todos los hombres que han sido grandes o por sus hechos, o por sus pensamientos, o por sus descubrimientos. Y como si Dios hubiese querido mostrar a los hombres la importancia de la palabra

escrita, el libro más antiguo del mundo, el primer libro que escribieron los hombres, el libro por excelencia, la Biblia, ha llegado a nuestras manos al través de cerca de cuatro mil años, traduciéndose en cien idiomas, después de haber sido leído por todas las naciones de la tierra, uniendo de paso a todos los pueblos en una civilización común; y cuando el renacimiento de las ciencias, después de siglos de barbarie, ensanchó la esfera de acción de la inteligencia sobre el globo, la publicación de la Biblia fué el primer ensayo de la imprenta; la lectura de la Biblia echó los cimientos de la educación popular, que ha cambiado la faz de las naciones que la poseen; y últimamente con la Biblia en la mano, y a causa de la Biblia, del libro primitivo, del libro padre de todos los libros, los emigrantes ingleses pasaron a América a fundar en el Norte de nuestro continente, los estados más poderosos del mundo, porque son los más libres, y aquellos en que todos los hombres sin distinción de edad, de sexo, clase o fortuna, saben leer cuanto deposita en libros la ciencia, el talento, el genio, la experiencia o la observación de todos los hombres, de todas las naciones, de todos los tiempos.

(“El Monitor de las escuelas primarias” del 15 de octubre de 1852. Obras completas, tomo 4, pág. 411).

SARMIENTO Y LA EDUCACION

Pero en América es aun más necesaria la admisión del *extranjero* en la enseñanza, porque su ciencia viene a llenar el vacío que han dejado en nuestras aulas las tradiciones coloniales. *Extranjeros* a nuestra lengua, son los libros y las ideas que en moral, en filosofía, en historia y aun en las bellas letras nos educan.



Muévenos a hacer estas reflexiones un decreto de un gobierno vecino que ha publicado *El Mercurio*, y que lejos de ser una medida temporaria, dictada por las malas pasiones sublevadas en momento de excitación, parece ser la obra de aquel exclusivismo brutal, que quieren infundirnos ciertos escritores admiradores de aquel sistema estúpido, que consiste en rechazar los elementos mismos que vienen a incorporarse en nuestra ciudad, y a ayudarnos a salir del sopor en que han sumido la inteligencia española sus tristes antecedentes históricos.

Es preciso todo o nada; es preciso en Chile que el *extranjero* tenga acceso a la educación, a la prensa, al comercio, a la propiedad, a la libertad, en fin, en todas sus manifestaciones; o que principiando por coartar su libre arbitrio, como se haría con el esclavo, se concluya por arrojarlo de nuestras playas, o reducirlo a la mendicidad, que sería la mendicidad de Chile. Y estas ideas se propalan hoy a la sombra del gobierno de Chile, él que era el modelo que se proponían imitar otros estados, y cuyas instituciones de enseñanza son el polo opuesto de aquella barbarizadora ojeriza contra el *extranjero* que nos ha legado la colonización en las leyes de Indias que prescribían la prisión perpetua para todo extranjero que llegase a nuestras playas!

Todo hombre que ame la libertad y la civilización se reunirá en un coro de execración, contra aquel sistema de iniquidades que tiene por tema en América la exclusión del *extranjero* en la participación de todas las ventajas que aseguran a cada individuo las instituciones republicanas.

(“Crónica” del 8 de abril de 1849. Obras Completas, tomo 6, págs. 181 y 184).

SARMIENTO Y LA EDUCACION DE LA MUJER

La educación primaria y la educación de las mujeres nos han preocupado siempre de un modo particular; y podemos lisonjearnos de haber consagrado a ambas materias el estudio que otros desdeñan, y esfuerzos personales para propagarlas, que sólo alcanzarían a tener mérito en razón de la insignificancia de los medios de hacerlo con éxito que están en nuestra mano.

(“Progreso” del 24 de enero de 1845. Obras Completas, tomo 4, pág. 325).

Pero también es un hecho demostrado que la mujer es el único maestro competente de su sexo. Ella sola sabe conocer los resortes que mueven esta frágil máquina, y que la mano brusca del hombre no sabe gobernar; hay una completa inteligencia de sensaciones, necesidades e instintos entre la alumna y la maestra, que nada puede suplir. Una mujer inteligente por sólo el instinto y la admirable disposición de su naturaleza, sabe doblegarse hasta la condición del niño, de cuyas pasiones participa su carácter. Una mujer para educar y cuidar a los niños, no necesita haber sido madre, trae consigo el sentimiento de la mater-

nidad y del amor desde su cuna, y posee un caudal de conocimientos instintivos como el de las aves para el cuidado de sus polluelos. La mujer ama a todos los niños, sin saber darse razón por qué, cualquiera que sea su sexo y condición; y su predilección por todo lo que es hermoso y débil, pasa hasta las flores, las avecillas y los pequeños cuadrúpedos. Cualquiera que sea la posición de la mujer en la sociedad y los años que haya vivido, cualquiera que sea la condición o las afecciones que dominan su corazón, le desprenderá momentáneamente, siempre que un niño se presente a su vista; porque este es el instinto más poderoso de que está dotada; y no es extraño que la mujer que se abandona al sentimiento del amor divino, guste de adorar y representarse al Ser Eterno bajo las inocentes y tiernas formas del niño Dios. Este sentimiento exquisito de la maternidad, esta presciencia instintiva de su misión, es la que ha hecho pensar seriamente a los filósofos de nuestro tiempo en devolver a la mujer sus funciones de maestro de la infancia, y los hombres que han dedicado sus esfuerzos y sus vigili-
as a la mejora de la condición de la mujer en la sociedad, lamentan, aún en la Europa misma, la necesidad de echar mano todavía del auxilio de los hombres para formar la educación de la mujer. Hay un hecho muy notable en la literatura europea, y es que todos los autores de buenos libros para la educación de la infancia, son por mujeres.

(“Progreso” del 16 de febrero de 1843. Obras Completas, tomo 4, pág. 278 y 279).

Este anhelo de mejorar moralmente todo, hizo bien pronto echar miradas ya de compasión, ya de interés sobre la mujer, y el hombre empezó a dudar de la verdad de lo que siglos de opresión, de fuerza y de barbarie, le habían enseñado.

Se quiere que las mujeres, murmuró pesarosamente uno, no sean capaces de estudios, como si su alma fuese de otra especie que la de los hombres, como si ellas no tuviesen, como nosotros, una razón que dirigir, una voluntad que reglar, y pasiones que combatir; o como si les fuese más fácil que a nosotros desempeñar sus deberes, sin saber nada! Imposible es el bien, decía Fenelón, sin mujeres; ellas sostienen o arruinan las casas, y arreglando todos los pormenores domésticos, deciden de lo que de más cerca interesa a todo el género humano! Rousseau, cuya vista perspicaz le hizo penetrar hasta el fondo del corazón humano, y profetizar el próximo temblor que iba a echar por tierra el ruinoso y gótico edificio social de sus días, comprendió más claramente la im-

portancia social de la mujer. Los hombres serán siempre, dijo, lo que a las mujeres se les antoje. Si queréis que ellos sean grandes y virtuosos, enseñad a las mujeres lo que es grandeza y virtud.

☆

En las cámaras francesas se proponen y adoptan medidas para organizar la educación pública de la mujer como la del hombre, y en Inglaterra hay quien anuncie, sin reirse, la idea de agregar a la representación nacional una tercera cámara compuesta de mujeres. La filosofía, en fin, y el espíritu inquieto de progreso se ensaya con San Simón a romper con todas las tradiciones morales, e intenta emancipar de un golpe a la mujer de toda dependencia del hombre. Mas cualquiera que sea el aspecto bajo que estos importantes hechos se presentan, siempre quedará demostrado que una gran cuestión de mejora intelectual y social para la mujer, preocupa hoy todos los ánimos, y que todo concurre a prepararle un nuevo y más noble porvenir.

☆

¡Mujeres ignorantes, no sabéis la responsabilidad que pesa sobre vuestros hombros, al desempeñar sin ciencia y sin conciencia los augustos deberes de la maternidad! ¡Cuántos males hacéis a la sociedad con las indignas caricaturas de hombres que salen, para vergüenza vuestra, del regazo materno!

(“Mercurio” del 24 de agosto de 1841. Obras Completas, tomo 4, página 241 y siguientes).

SARMIENTO EN MADRID

Salís de Bayona hacia Irún y Vitoria y el francés, o el europeo caen, al pasar una colina, en un mundo nuevo. La diligencia es tirada por ocho pares de mulas puestas el tiro de dos en dos, a veces por diez pares en donde el devoto repasándolas con la vista podría rezar su rosario; negras todas, lustrosas, tusadas, rapadas, taraceadas, con grandes plumeros carmesí sobre los moños, y teteras coloradas, y rapacejos y redes y borlas que se sacuden al son de cien campanillas y cascabeles; animado este extraño drama por el cochero, que en traje

andaluz y con chamarra árabe, las alienta con una retahila de blasfemias a hacer reventar en sangre otros oídos que los españoles; con aquello de *arre p.... marche la Zumalacarregui, anda.... de la Virgen, ahí está el carlista.... p.... Cristiana janda, jandaaa!* y Dios, los santos del cielo y las potestades del infierno entran *péle-méle* en aquella tormenta de zurriagazos, pedradas, gritos y obscenidades horribles. Triste cosa por cierto, que en los dos países exclusivamente católicos de Europa, en Italia y España, el pueblo veje, injurie, escupa a cada momento todos los objetos de su adoración, de manera de hacer temblar un ateo. Leed aquellas reyertas de los gondoleros de Venecia, descritas por George Sand, en que el uno echa en cara al otro para injurarlo las sodomías, bestialidades y torpezas de su Madona.

☆

El paisano español posee, además, todas las cualidades necesarias para ejercitar con éxito la profesión de mendigo. Un aire grave, una memoria recargada de oraciones piadosas y de versos populares, y un vestido remendado. El paño burdo de que el pueblo español viste, es de color y consistencia calculados para resistir a la acción de los siglos, verdadera muralla tras de la cual el cuerpo está al abrigo del sol, del aire y del agua, con la que está toda su vida peleado irreconciliablemente. Cuando alguna brecha se abre por un codo o una rodilla, bastiones avanzados de aquella fortificación, una pieza de nuevo paño la cierra inmediatamente, y si los diversos ministerios que han desgobernado la España en estos últimos tiempos, hubiesen hecho obligatorios sus colores, los vestidos del pueblo español serían hoy un cuadro fiel de los movimientos políticos de los últimos veinte años transcurridos. El sistema de remiendos se aplica igualmente en España a las reformas políticas y sociales; sobre un fondo antiguo y raído, se aplica un remiendo colocado que quiere decir *constitución*; otro verde que quiere decir *libertad*; otro amarillo, en fin, que podría significar *civilización*. En lo moral o en lo físico no conozco pueblo más remendado, sin contar todos los agujeros que aún le quedan por tapar. Esto es quizás lo que induce a algunos espíritus descontentadizos a considerar como un remiendo más el doble matrimonio que ocupa en este momento la atención pública y me ha traído a Madrid, como el momento más bien escogido para ver este pueblo, al reflejo de los esplendores de la corona y los festejos regios que han de solemnizar el casamiento de la inocente Isabel II.

(“Viajes”. Obras Completas, tomo 5, págs. 149 y 156).

SARMIENTO Y EL CATOLICISMO

La *Revista Católica* ha consagrado sus columnas a la discusión suscitada por la crítica de la obra de Aimé Martin (*), de que hace días nos ocupamos; y haríamos muy poco honor a la sensatez de aquella publicación si no dedicásemos también nosotros nuestra pluma a la dilucidación de la verdad. Libres, por fortuna, de todo espíritu de facción, ella y nosotros nos hallamos con la razón bastante despejada de toda preocupación para esclarecer las cuestiones de grave trascendencia que envuelve el asunto que nos ocupa. La *Revista* halla de su parte la justicia de la más santa de las causas, y también nosotros abogamos por la más santa de las causas. Quiere ella conservar la incolumidad del dogma, libre de todo menoscabo, y queremos nosotros que se respete la libertad de la inteligencia humana para inquirir la verdad y examinar ella misma los hechos. Estamos, pues, ambos en nuestro derecho, y ambas causas son santas y grandes, porque del triunfo de alguna de ellas pende la ventura de la humanidad.

No comprendemos bien el concepto de la *Revista* al decir que no hemos entrado en el fondo de la cuestión. Recomendaba ella que no se leyese la obra de Aimé Martin por contener pensamientos heréticos; recomendamos nosotros que se leyese, no obstante esas ligeras tachas, por contener pensamientos utilísimos para la mejora de las costumbres y para el progreso de la moral cristiana. Creemos, pues, que esto basta para mostrar que hemos entrado y muy de lleno, en la cuestión que se agita.

Con este antecedente, preguntanos la *Revista* “¿si con semejantes lunares será útil la obra y se podrá recomendar su lectura, siendo, como no lo negaremos, la mayoría de los lectores poco o nada instruídos en la ciencia de la religión?”. Nosotros, a nuestro turno, preguntaremos a la *Revista* otra cosa. Conviniendo con nosotros en que sin esos lunares que se hallan en el libro 4º, la obra es importantísima y digna de ser leída por todo el mundo, porque en lo demás no contiene sino pensamientos elevados y los más ardientes votos por la mejora de las costumbres; conviniendo con nosotros en que el pensamiento desenvuelto en la obra de Aimé Martin, es nuevo, y juzgado tan grande y útil, que le ha valido coronas académicas, y que todas las naciones se han apresurado a verterla en sus respectivos idiomas, a fin de enriquecerse con sus ideas; convenidos en

(*) *De la educación de las madres de familia o de la civilización del género humano por las mujeres.*

todo esto, en que la *Revista* no dejará de convenir, porque su disentimiento sería poca cosa comparado con tan universal asentimiento; preguntamos nosotros, ¿qué se hará, pues, para aprovechar de las ideas de Aimé Martin, sin leer su obra? Y leyéndola ¿qué se hará para no tropezar con los lunares que ella contiene?

He aquí, pues, la grave cuestión que para nosotros encerraba la prohibición de leer la obra de Aimé Martin, fulminada por la *Revista*. Esta es la cuestión social que tocamos, cuestión en que están interesadas la civilización, el progreso y la moralidad del país. Porque la *Revista* convendrá también con nosotros en que necesitamos instruirnos, y no teniendo ni entre nuestro clero, ni entre los laicos, pensadores que investiguen nuevas verdades, tenemos que apelar a los libros europeos, para embebernos en los pensamientos e ideas de esos grandes hombres que están hoy a la cabeza de la civilización, y cuyos libros tienen de vez en cuando uno que otro lunar. ¿Qué haremos, pues, para leer esos libros sin ver los lunares? ¿No leerlos? Pero eso no puede ser. Sería condenarnos al atraso, a la barbarie y a la ignorancia en que ese brutal sistema seguido por la España durante tres siglos, nos ha sumido, y de que aun no podemos salvarnos. ¿A qué otra cosa sino a esto, atribuye la *Revista* la caducidad, la pobreza, la ignorancia y la inmoralidad españolas, aquí y en Europa? ¿Por qué, sino por la prohibición de leer los libros útiles por temor de encontrar lunares, se convirtió al fin la España y nos convirtió a nosotros también, en lunares vergonzosos entre las naciones civilizadas?

¿Qué se hará, pues, repetimos, para aprovechar de las ideas sanas de Aimé Martin, sin leer los lunares? ¿Expurgar el libro, truncarlo, pasarle la esponja de la censura por los pasajes reprobados? ¡Oh! ya verá la *Revista* que vamos entrando en la cuestión, y que nos acercamos a la inquisición, a la censura previa, a poner en manos del gobierno, o del clero, o de quien quiera que se arrogue esta facultad, el mismo azote que ha afligido a la tierra durante tantos siglos de barbarie y de despotismo. Sería preciso, pues, que el millón de libros importantes que ha producido la literatura europea durante el pasado y el presente siglo, y los más que producirá en lo sucesivo, pasasen primero por el examen de los encargados de descubrir los lunares, en los que entrarían también cosas que no serían lunares, pero que no entenderían o no comprenderían esos inquisidores; y que el público estuviese aguardando que se les dijese: este libro puede leerse, este otro no, aquel tiene lunares que es preciso borrarle primero. Si tal facultad

se concediese a hombre alguno en la tierra, ¡adiós para siempre libertad! ¡adiós para siempre civilización! Y la sangre derramada durante cuatro siglos para poner en cada constitución: el pensamiento es libre, como Dios lo ha creado, se habría hecho estéril e improductiva.

Muy bien sabemos lo que la *Revista* puede decirnos del *Indice* y del expurgatorio y demás reglamentos eclesiásticos; pero también le diremos que esos reglamentos no están vigentes en país católico alguno en que la palabra libertad se puede pronunciar impunemente, porque son la negación de la libertad misma. En Roma es fácil conservarlos, por la misma razón que ahora dos siglos era fácil en España; porque en una y otra estaba el despotismo más absoluto al respaldo del *Indice*, para quemar vivo al hombre convencido de haber leído libros anatematizados. Pero la *Revista* está en Chile, y preciso es que sea expresión de un país libre. La *Revista* que tanto se complace en seguir la cuestión de la enseñanza en Francia, habrá notado quizá con asombro, que allá donde los lunares aparecen en todos los libros, el clero católico no pide al Estado que no se permita leer estos libros, y ya se guardaría de hacerlo, porque le iría su existencia en ello. La revolución de julio está fresca aún, para recordar a los que allí se olviden, que la libertad de imprenta no es un fantasma.

Convénzase, pues, la *Revista* de que su empeño en la cuestión que nos ocupa, no es tan católico como español. Sí, es preciso decirlo. Son las ideas que tres siglos de educación nos han legado a este respecto; y ya es tiempo de pensar en conformarse con las necesidades de la época y del país. ¡Qué digo ya es tiempo! La *Revista Católica* misma ha dado ya relevantes pruebas del espíritu nuevo que la inspira, y de su respeto por la libertad del pensamiento.

Fresco está aún el suceso de la *Sociabilidad Chilena*. Un joven que creía pensar, pero que no tenía instrucción suficiente ni reflexión madura, publicó una mezcla indigesta de desatinos y de herejías. ¿Y qué hizo la *Revista*? Las combatió con la razón y la discusión, ni más ni menos que si se hubiese tratado de una cuestión de bancos. ¿Qué hizo el clero? Lo diremos en su honor, mientras que los tribunales civiles se abandonaron a una persecución irreflexiva, la iglesia no fulminó su *excomunió*n sobre el delincuente que no quiso retractarse, porque el poder eclesiástico sintió que habría dado en ello un paso des-
acertado y contrario a las ideas y al espíritu de la época; de manera que solo el poder eclesiástico se mostró dignamente influyente y circunspecto; solo él no quiso ensuciarse las manos en arrojar lodo sobre la cabeza de un impertinente.

Un siglo antes, la *Revista* de aquellos días habría pavoneado ufana una sentencia de excomunión contra el autor de la *Sociabilidad Chilena*, y quizá colgado entre los pabellones nacionales algún sambenito, y hecho otros desatinos más. Pero la *Revista* misma ¿qué es, sino una prueba de que es preciso destruir el error por la discusión, y no *prohibiendo* que se lea? ¿Por qué no ha habido *Revista Católica* hasta el año 43? ¿Por qué no les vino a sus autores este pensamiento el año 30? ¿No había hasta entonces libros con lunares?

IV

Para mostrar la *Revista Católica* los inconvenientes de la lectura de la obra de Aimé Martin, dice que la mayoría de los lectores son poco o nada instruídos en la ciencia de la religión; y más adelante: el cultivo de las ciencias religiosas ha sido entre nosotros descuidado, y sólo de poco tiempo a esta parte se ha pensado seriamente en llenar el vacío que a este respecto dejaban nuestros establecimientos literarios. Estas y otras observaciones del mismo género, probarían para nosotros dos cosas; primera, que la *Revista* comprende que para los hombres que tienen una instrucción radical en la religión, no puede pretenderse una tutela para leer tal o cual libro, y segundo, que admitida la ignorancia general en materias de religión, convendría estorbar la lectura de libros que contuviesen algunos conceptos contrarios, a fin de preservarlos del extravío.

Parécennos muy fundadas estas observaciones y no pondremos un momento en duda la exactitud del hecho en que se fundan, a saber: que la mayor parte de los lectores son poco o nada instruídos en materia de religión. Lo que trataremos de averiguar para nuestro propósito, es de quién y de qué causa ha dependido esta ignorancia religiosa, y cuándo y por qué ha principiado ese tiempo en que se ha pensado seriamente en dar aquella instrucción en nuestros establecimientos literarios; de aquí sacaremos quizá una prueba de los efectos de la libertad sobre la religión misma, un cargo contra las ideas exclusivas, y una prueba de los males de todo sistema de tutela para la inteligencia.

Cuando se dice que en el país no hay instrucción religiosa, es como si se dijera: los encargados por ministerio de instruir en las cosas de religión, han descuidado su deber. Vamos a mostrarlo.

Desde luego, no hacemos de esto un cargo a nuestro clero actual, ni al clero

chileno, ni al americano, sino al clero de los países en que el catolicismo, para mantenerse libre de ataques, se ha apoyado en leyes represivas; donde la intolerancia ha sido y es un dogma, esto es, en España e Italia. Sin duda que no es necesario tener preocupaciones contra nadie para comprender este hecho. El clero mismo no puede ocultárselo: *la mayoría de los lectores chilenos son poco o nada instruidos en materia de religión*. Generalizando esta observación, nosotros estableceremos como un hecho indisputable que en todos los países católicos donde no hay tolerancia religiosa o garantías para la emisión del pensamiento, el pueblo adolece de una ignorancia profunda en materia de religión; y por consecuencia este otro, no menos cierto: que en todos los países donde hay tolerancia, el pueblo católico es muy instruido en materias religiosas. Diremos más todavía, en los países y en los tiempos en que ha reinado la intolerancia, el clero católico ha descuidado sus deberes de docente; se ha desmoralizado, degradado y hecho ignorante; mientras que donde quiera que ha habido tolerancia para las otras creencias, como también para la libre emisión del pensamiento, el clero ha desplegado una grande actividad doctrinaria, los fieles han aprendido a ser católicos, y la moral pública y privada han ganado con ello.

Creemos que la *Revista* no nos negará la cordura y exactitud de lo que asentamos. Compárese, sino, el clero de Francia antes del 89, aquellos abates que tan feo nombre han dejado en la historia, con el actual clero francés; compárese el papado de los tiempos de Alejandro Borgia y León X, con el papado de nuestros días. ¡Cuánto no ha ganado la moral cristiana y el verdadero catolicismo!

Nace esto de que el despotismo es letárgico; y al mismo tiempo que ahoga las doctrinas que los combaten, mata las que se promete defender. La España no ha producido, es verdad, ningún libro que encierre proposiciones heréticas; pero a causa de no haberse dejado producir estos libros, no sólo no produjo uno que sirviese para adelantar las ciencias, sino que, lo que parece más inconcebible, aun no produjo ninguno que sirviera para apoyar esa religión que se quería conservar intacta, que inculcase su verdad en el ánimo de los creyentes. Ni un librito solo hay en castellano al alcance del pueblo que trate de la religión. Nuestro antiguo sacerdocio jamás se ocupó de radicar la fe por la convicción y el conocimiento de los hechos que tienen relación con la religión. Otras veces hemos hecho notar que aun los *catecismos* no han sido escritos por autores españoles.

El *Catecismo de Caprara*, el de *Astete*, el de *Passi*, *Fundamentos de la fe*, *Las horas serias de un joven*, *La conciencia de un niño*, *La Vida de Jesucristo*, *La Historia sagrada* por Fleury, en una palabra, todos los libritos religiosos que circulan en Chile, ni circulaban diez años atrás, ni han sido escritos por el clero católico de España, ni todos traducidos a nuestra lengua por sacerdotes. Si Dios llamase un día a cuentas al clero católico exclusivo, cuántos cargos tendría que hacerle! ¿Qué habéis hecho, le diría, para la instrucción de ese pueblo católico que os he confiado? ¿Por qué lo habéis mantenido en la más profunda ignorancia de las verdades religiosas? ¿No os armasteis de hogueras para extinguir la herejía, no habéis tenido el poder en vuestras manos, no habéis reinado exclusivamente? ¿Por qué a la vuelta de tres siglos contestasteis *que la mayoría de los fieles es poco o nada instruída en materias de religión*? ¿Por qué no los habéis instruído, pues, como era vuestro deber?

El clero mismo no sabría qué contestar a estos cargos, cuya respuesta es muy sencilla. ¿Qué necesidad hay, pues, de instruir en las verdades religiosas a un pueblo, cuando nadie tiene la libertad de contradecirlas? En lugar de escribir una apología, un tratado científico, ¿no es mejor manejar un látigo, o levantar un cadalso, o fulminar una excomunión? Esto es, al menos, lo que antes hizo el sacerdocio, y al actual corresponde reparar tanta falta. Enseñe, pues, instruya; pero no quiera que no se lea mientras tanto, porque la propagación de los buenos libros es tan necesaria para la mejora moral y física del pueblo, como los libros de religión.

Así lo vemos de *poco* tiempo a esta parte ocuparse ya en la difusión de las ideas religiosas en los establecimientos literarios. Ha despertado de su letargo, y ha visto que es necesario algo más para ser católicos, que el haber nacido en un país católico; es preciso saber lo que la palabra importa, las doctrinas que envuelve. Todo esto es santo y bueno; pero no lo es la prohibición de leer y de instruirse, porque esto es contra la libertad humana. Acabóse la tutela, y si es malo que los pueblos ignorantes no tengan tutores que los salven de extraviarse en los tortuosos senderos del error, es peor mil veces aun cerrarles, a causa de la tutela, el medio único de no necesitarla, que es ilustrarse. La historia está ahí para probarlo. La España era en el siglo XV la nación más poderosa, más culta y más adelantada de la Europa; pero merced a la censura eclesiástica, a la prohibición de leer, y por tanto, de escribir, la España debe el haberse hecho hasta nuestros días la nación más ignorante, más pobre y atrasada de Europa.

Y no sólo perdió todo género de instrucción, sino que después de tres siglos de exclusivismo, tutela y opresión en favor de la unidad del dogma, el clero chileno por medio de su órgano, la *Revista*, al hacerse cargo de la obra que le ha legado aquel terrible clero armado de mordazas, hogueras y patíbulos, el virtuoso clero chileno ha tenido que reconocer que la mayoría de los católicos están poco o nada instruídos en la ciencia de la religión; que no se les ha enseñado la religión que profesan; que el cultivo de las ciencias religiosas ha sido entre nosotros descuidado, y que sólo de poco tiempo a esta parte se ha pensado en llenar este vacío.

¿Cómo pues, de poco tiempo a esta parte es más católico Chile? ¿Y antes de ahora, por qué no pensaron ni ese gobierno muy católico en instruir a los fieles, ni el sacerdocio católico en proporcionar los medios? Dormíais todos a la sombra letárgica de las leyes represivas; dormíais porque habíais muerto la inteligencia.

Réstanos mostrar las falsas y extraviadas aplicaciones que pueden hacerse de las palabras de Tertuliano, como de otras muchas análogas. “El que busca la verdad, o ya la tiene o la ha perdido. El que busca la fe, o no es cristiano, o en el hecho mismo deja de serlo. Busquemos, pues la verdad; pero en la iglesia y no en los herejes; según las reglas de la fe, y no contra lo que ella nos prescribe”. Si se habla de la verdad en materias de dogma, claro está que ha de buscarse en las decisiones de la iglesia. Pero en el caso presente de la lectura de un libro escrito para averiguar otro género de verdades, la verdad se ha de buscar en los libros que se ocupan de inquirirla; y lejos de ser un argumento en contra de nuestra proposición el de Tertuliano, sería por el contrario, una nueva confirmación de lo que decimos. Si en un libro como el de Aimé Martin encontrásemos un pensamiento contrario al dogma recibido, diríamos que eso no merecía fe, por cuanto no era emanado de la iglesia o del consentimiento universal de los católicos. De otro modo, la idea de Tertuliano podría traducirse por esta otra de Omar, cuando mandó quemar la famosa librería de Alejandría: “si en estos libros hay algo contrario al Corán, deben ser quemados por perniciosos; si contienen lo mismo, deben ser también quemados por inútiles”. Una y otra cosa valen lo mismo, y ambas han producido los males más espantosos para la humanidad.

Hay, además, un error de principio y un sofisma en Tertuliano, si se le saca de su objeto, que es las verdades dogmáticas. El que busca la verdad,

o no la tiene, dice, o la ha perdido. Este dilema puede tener lugar en cuestiones religiosas, pero no en las que trata Aimé Martin. El que busca la verdad, ni la tiene ni la ha perdido; la busca porque aun no ha sido hallada; y a esta convicción de que es preciso hallar la verdad, debemos los asombrosos progresos de la época; y para hallar la verdad, debemos estudiar los libros de aquellos que van explorando todos los caminos para encontrarla.

¿Qué luces, sino, puede suministrarnos la iglesia sobre economía, derecho, ciencias naturales, política, mecánica y aún filosofía? ¿A qué, pues, viene la cita de Tertuliano? ¿Preguntará, por ventura, la *Revista Católica*, si nuestros padres debieron o no consultar los libros de Reynal, Rousseau, Voltaire, Montesquieu, Mably y los escritores ingleses, para hacer su revolución política? Dirémosle entonces que sí. ¿Preguntaranos si hemos de ir a leer, para instruirnos en historia, los libros de los protestantes Michelet, Guizot, Niebuhr, Herder? Dirémosle que sí, al menos hasta que la iglesia cuente entre sus escritores maestros en historia tan profundos como aquellos. Esto mismo podemos aplicar a todos los ramos de las ciencias sociales, naturales y exactas que tienen sus maestros y sus grandes hombres en todas las creencias. No es razón, pues, el haber en sus escritos uno que otro lunar que desdiga de la nuestra, para que nos condenemos a ignorarlo todo. No recordamos si la *Revista* nos ha citado a De Maistre en uno de sus números; pero he aquí cómo un escritor muy ortodoxo, no ha dejado por eso de ser también el defensor declarado del despotismo de los monarcas, de la nobleza y demás vicios del antiguo orden de cosas.

Creemos haber satisfecho en cuanto a la cita de Tertuliano, aunque en su tiempo se recomendase “como ahora la lectura de los libros de los herejes”. Para sentir toda la disparidad del caso, bastaría saber que Aimé Martin ni es heresiarca, ni ha sido declarado hereje; y serlo él por las palabras que de su obra ha citado la *Revista*, habría que declarar igualmente a unos diez mil escritores más, no obstante que no se han ocupado directamente de asunto de religión.

Creemos, pues, que lo que ha de aconsejarse en esta materia, tiene ya un buen antecedente en la *Revista Católica*, a saber: precaver a los lectores del error, señalándoselo, como lo hizo aquella publicación, sin que para eso sea necesario abstenerse de leer, pues esto no haría sino estorbar que los escritos más útiles y recomendables en una ciencia, diesen sus frutos para los adelantos de los pueblos; y por lo que hace a la mayoría sin instrucción religiosa, el clero y el gobierno deben afanarse en difundirla cuanto antes, publicando libros de ins-

trucción religiosa. Este movimiento, por felicidad, principia ya, y *Las horas serias de un joven*, *La conciencia de un niño*, *La vida de Jesucristo*, popularizadas en Chile, prueban que no sólo el clero, sino los laicos se ocupan también de llenar este vacío de la educación popular.

V

La *Revista Católica* en su último número ha hecho un alcance en réplica a nuestras pasadas observaciones sobre el descuido que en los países católicos exclusivos ha habido de difundir luces e instrucción sólida sobre los dogmas, la historia, la liturgia, el rito y las prácticas religiosas. Nosotros no insistiremos más en lo que hemos dicho; creíamos no manifestar en lo que sobre esto dijimos, una opinión, sino simplemente revelar un hecho histórico que ha dejado pruebas incontestables que no dejan lugar a interpretaciones ni dudas. Tomando la masa de libros de religión que poseen los países católicos de Alemania, Francia, Bélgica, Inglaterra, etc., esto es, libros populares, libros para la enseñanza de todos, y comparándolos con la masa de los que del mismo género hay en Italia y España, resulta que están en proporción de ciento a uno, de donde se ha deducido como un hecho, que en los países católicos exclusivos, se ha descuidado la enseñanza religiosa. La *Revista Católica* dice lo contrario; ella sabrá lo que dice y por qué lo dice. Desearíamos, sin embargo, que nos mostrase la librería religiosa que ha poseído el castellano hasta antes del siglo presente; para mostrarle el catálogo de las de los otros pueblos tolerantes, y así, nos entenderíamos, ahorrándonos razonamientos que no alcanzan a persuadir sino a los que quieren desistir de sus opiniones interesadas.

Pero sea de ello lo que quiera, y dejando la teoría a un lado, podemos descender a la práctica. La *Revista* ha ocupado muchos números en examinar la obra de Aimé Martin y sublevar contra su difusión todo género de obstáculos. No se lo vituperamos, pues que, procediendo así, llenaba simplemente uno de los objetos de aquella publicación. Nosotros la recomendamos por otros motivos, y creyendo en ello llenar un deber para con la sociedad, para con la civilización y la moral. La *Revista Católica* ha señalado, pues, los libros que no deben leerse por contener pasajes que contrarían el dogma. Era de esperar que aprovechase la primera coyuntura que se le ofreciese para recomendar la lectura de los libros que nuestra prensa publicase, y que por su contenido fue-

sen dignos de ser leídos por las gentes a quienes se desea preservar del contagio de ideas heterodoxas. Esta ocasión se ha presentado, y la *Revista* ha descuidado aprovecharla. Cuando se hizo la primera edición de la *Conciencia de un niño*, la *Revista* debió recibir un ejemplar que la imprenta editora le envió, y no creyó oportuno recomendar este librito de educación popular religiosa, que el castellano no poseía hasta hoy. Cuando se hizo la segunda edición, tuvo nuevamente un ejemplar, y guardó el mismo silencio. Cuando se publicó la *Vida de Jesucristo* por esta imprenta, la *Revista Católica* recibió un ejemplar, y parecía que este libro llevado al castellano para llenar un vacío de nuestra educación religiosa, que traía la recomendación de la universidad y que el gobierno adoptaba para sus escuelas, debiera haber atraído la atención de la *Revista*, y levantado su influyente voz para recomendar su lectura a los mismos a quienes se aconsejaba no leer a Aimé Martín. Pero la *Revista Católica* no ha creído digno de sus ilustradas páginas el examen, anuncio y recomendación de los libros religiosos que ese mismo espíritu de civilización que combate, introduce en el país, al mismo tiempo que las obras de Aimé Martín, los *Misterios de París*, etc. ¿Por qué ha guardado la *Revista* ese obstinado silencio sobre libros que no sólo son intachables en materia de religión, sino que suplen una falta lamentable, que le prestan un servicio eminente? ¿No hay en esto algo del sistema español, del sistema exclusivo de que hablamos, que consiste en prohibir, pero no recomendar; en destruir sin edificar; en cerrar puertas sin abrir ninguna? ¿Por qué *La Conciencia de un niño*, *La Vida de Jesucristo* no han hallado amparo en la *Revista Católica*, al mismo tiempo que han consagrado tantos artículos a perseguir a Aimé Martín, por haber dicho dos palabras insignificantes contra ese mismo espíritu de exclusión y de intolerancia? Después de esto ¿dirá la *Revista* que los países católicos exclusivos abundan tanto en medios de enseñanza religiosa, como los que no tienen aquel último dictado? Pero es fácil engañarse y engañar en materias que nuestros propios deseos nos hacen mirar con ojo de antemano preocupado. Pero la historia no se destruye, ni se enseñan obras ni monumentos en donde sólo hay un desierto. Nosotros hemos dicho que todos o la mayor o más interesante parte de los poquísimos libros religiosos que poseemos, no son españoles ni italianos, puesto que la España y la Italia son los dos países católicos exclusivos que quedan en el mundo, y en donde el sacerdocio ha dominado durante una larga serie de siglos sin contradicción, pues que ha tenido siempre

en sus manos los medios de reprimir todo síntoma de desviación de los dogmas. Si hemos errado, muéstranos la *Revista* esos libros populares que están en manos de todos y que nosotros no conocemos. Si esos libros no existen, es claro que para los que no tengan en los ojos la telaraña de la preocupación y del interés, que en España y en Italia no se han afanado mucho en difundir libros religiosos, con todas las otras consecuencias que se deducen de estos antecedentes. ¿Dirá la *Revista* que si no han escrito libros era porque el pueblo no sabía leer? Pero eso puede convertirse todavía en otro cargo contra los *excluvistas*, pues es hoy averiguado que la educación primaria no se ha desenvuelto y propagado en los países católicos exclusivos, sino precisamente en los que no lo son. En Norte América, en Inglaterra, Prusia y Holanda. El hecho es grave y notorio, para despreciarlo. La instrucción primaria en Norte América se ha difundido desde hace tres siglos, por fines y espíritu puramente religiosos. Los plantadores, al establecer sus primeras colonias, decían que a fin de que Satanás no tentase a sus hijos valiéndose de la ignorancia, fundaban escuelas públicas para su instrucción, y aun hasta hoy, los libros que contienen las bibliotecas provinciales son en su mayor parte compuestos de libros religiosos. ¿Habíase dicho otro tanto en los países católicos exclusivos? Puede ser que la *Revista* halle muchas pruebas para decir que sí; pero muy pocas ha de hallar para mostrar las escuelas que no existen, las librerías populares que no hay, y los libros religiosos que nadie ha escrito. En cambio de esto, hallará profunda ignorancia en las masas, ignorancia que no achacaremos al exclusivismo, pero que es bien singular que ande con él, como la muerte detrás de la guerra donde quiera que se presenta. Y no hay que decir que él no está obligado a civilizar a los pueblos, pues es constante que ha reinado sobre pueblos antes muy cultos, como la España y la Italia, y que han dejado de serlo desde que el exclusivismo se estableció; sucediendo lo contrario en los otros países, pues la Inglaterra, Norte América, la Prusia, etc., eran países medio bárbaros hasta hace tres siglos.

No insistiremos, pues, en esta cuestión, seguros de que el exclusivismo no dejará de hallar sus razones con que revestirse, aunque le falten ahora calabozos, tormentos y hogueras para mantenerse sin rival. ¡Es mucha pérdida la que ha hecho!

(“Progreso” del 26 y 28 de diciembre de 1844 y 28 de febrero de 1845; Obras Completas, tomo 2, pág. 237 y siguientes).

EN TORNNO AL “FACUNDO” DE SARMIENTO (*)

El Romanticismo borra los confines entre la realidad aprehensible y construible mediante puros conceptos y categorías racionales, y el mundo confuso de los hechos inmotivados, sin encaje en ninguna de las fórmulas apriorísticas y absolutas que iluminaban las realizaciones concretas de los humanos. Había un derecho natural, una moral universal, un Ser Supremo, unas categorías artísticas que permitían prefijar la esencia del derecho, de la religión o del arte, e incluso la conducta humana. Cualquiera que haya practicado los libros de Rousseau, Voltaire o Montesquieu no necesita más esclarecimientos sobre lo que acaba de decirse.

Ante un hecho como el de la existencia de Facundo Quiroga ¿qué posición hubiera podido adoptar una mente del siglo XVIII? Habría intentado descubrir en él un vicio o error de carácter general y aislable y al no conseguirlo, habría rechazado su monstruosidad sin congruencia

(*) Redacto estas apresuradas líneas a instancias de mi amigo el historiador Ricardo Levene, que me ha hecho el honor de incluir mi nombre entre quienes colaboran en las tareas del segundo Congreso Internacional de Historia de América. En realidad carezco en los actuales momentos del *otium* necesario para desarrollar, como hubiera sido necesario, las observaciones que expongo a continuación acerca de este libro, quizá el más capital entre los concebidos en Hispano América.

con ninguna posibilidad humana. Quiroga, a lo sumo, podía hacer pensar en aquellos seres anómalos de que estaba henchido el teatro shakespeariano, seres que a la vez alborotaban y atraían (sin decirse bien por qué) a Voltaire o a Moratín. Mas el siglo XVIII no habría sabido descubrir la calidad representativa de Facundo, su raigambre social e histórica, su trascendencia contradictoria como negación moral y afirmación de vida.

El Romanticismo sitúa junto al claro elemento de la razón, la enorme penumbra de la vida, que no se explicaba, que no cabía en moldes previos y exactos. A la razón que ilustra desde fuera, el Romanticismo opone lo histórico, lo genético: la evolución “natural” fundada en geografía, en biología, en economía, etcétera. La acción del individuo —en lo que tiene de razón o de monstruosidad— se sume en oscuros procesos de causalidad, tan oscuros como el hecho que de una simiente surja un árbol. Hacia 1840 estos nuevos modos de percibir y de sentir la vida son conocidos en la Argentina, y Sarmiento hará de ellos una magnífica y original aplicación en las páginas alternativamente broncas y armoniosas de su *Facundo*. (*)

(*) Con posterioridad a haber consignado en mis notas estas observaciones acerca de Sarmiento, he visto con placer que Coriolano Alberini señala claramente la trayectoria de tal ideología. Esteban Echeverría, al volver de Francia en 1830, trae noticia de la filosofía de la historia de Hérder. Edgard Quinet, como es sabido, había traducido en 1827 las *Ideen zur Geschichte der Philosophie der Menschheit* (Ideas para la historia de la filosofía de la humanidad). Las clases de Víctor Cousin, frecuentadas por Echeverría, rebosaban de espíritu herderiano. Cito a seguida un pasaje importante del librito de Alberini, *Die Deutsche Philosophie in Argentinien*, Berlín, 1930, que no ha sido vertido al español: “El pensamiento fundamental de la obra tiende a fundir la idea de humanidad con la de nacionalidad. En Hérder, el panteísmo abstracto de Spinoza adquiere una forma vitalista y evolucionista, aunque no pueda decirse que en Hérder la divinidad sea inmanente. La humanidad, la vida y la naturaleza se hallan en un devenir constante y creador. Lo divino consiste en materia dinámica que se manifiesta en múltiples formas

Es pues el *Facundo* un libro de historia, "more romántico". Unos hechos voluminosos y actuales son vistos en perspectiva, y así se esclarece su sentido. Recibe Sarmiento el doloroso rebote de la ferocidad del momento, que le fuerza a salir de su patria. Su reacción no es meramente política, cual sería la de un puro hombre de acción. En sí mismas, la monstruosidad de Quiroga o la de Rozas habrían podido ser interpretadas como una cósmica fatalidad, como una erupción andina que amenazara arrasar la incipiente vida de civilización virreinal y republicana. Como simple político, Don Domingo pudo limitarse a injuriar a sus adversarios, o a planear modos para derrocarlos, en la vanguardia o en la retaguardia de quienes combatían con las armas en la mano. Siendo poeta, habría plañido en estrofas exaltadas o melancólicas a su patria, dilacerada por las tosquedades más rudas. Pero en Sarmiento la saña contra Quiroga y Rozas es menos viva que el afán de entenderlos, de hacerlos trascender de la fría soledad de sus conciencias, agotadas en el instante existencial, sordas al rumor de la misma vida que les otorgaba aquel existir.

concretas, en armonía con el espacio y el tiempo. De aquí que Hérder fuese un revelador y un difundidor de las literaturas exóticas y lejanas. Rechazaba la doctrina racionalista y utópica del progreso humano, sostenida por los enciclopedistas franceses, y cuyo principal defecto era el carácter demasiado abstracto de su imagen del mundo. Hérder admite la idea del progreso, pero en el sentido de una ley universal del espíritu humano. Cree en el perfeccionamiento del hombre, pero explica que la evolución progresiva reviste diversas formas concretas, según el tiempo y el lugar. En su obra capital examina Hérder la teoría del medio telúrico-histórico como uno de los fundamentos que permiten explicar las formas del espíritu humano, en tanto que colectivo. En una palabra: su mérito consiste en haber señalado, mejor que Montesquieu, la fuerza formadora del medio natural e histórico. El autor de *L'Esprit des Lois* habló sólo del clima, siguiendo las huellas de Hipócrates; Hérder, en cambio, descubre el papel morfogenético de todos los elementos del espacio geográfico, juntos con los de la tradición, y realza con profunda e intuitiva mirada los tesoros de la proximidad creadora de la naturaleza y los del mundo histórico y espiritual". (pág. 25).

Sarmiento, con ímpetu magnánimo, se arroja a la tarea de explicar (= desplegar) la vida de Facundo, que a primera vista es una mezcla infeliz de negaciones amasadas con sangre; concibe entonces la empresa de este libro en torno al vivir de un hombre, impuesto a su ambiente como una fatal evidencia, como símbolo de lo que por necesidad natural era a la sazón un aspecto de la informe y naciente República Argentina. De tal libro, Quiroga y Rozas salen execrados, y a la vez magnificados al ser entendidos en función de causas remotas y de ajustadas circunstancias; en aquellas vidas, por otra parte, Sarmiento no dejó de vislumbrar cuanto en ellas pudiera corresponder a una posible valía.

Si el autor no hubiera hallado preformada en los moldes de la cultura coetánea la posibilidad de encerrar en límites claros el confuso maremagnum de su tiempo (barbarie activista en los unos, ideologías y delicadezas ineficaces en los otros: por tanto, una vida histórica sin autenticidad), pues es evidente que no habría podido trazar ese ensayo de filosofía de la historia argentina, que tal es en verdad el subtítulo que conviene al *Facundo*. — Entonces Sarmiento nos hubiera dado unos cuantos rasgos sueltos y vigorosos, en que habría estallado todo su primitivismo, eso que hay de “Urmensch” tanto en Don Domingo como en aquel Don Francisco de Goya, pintor de imposibles, de ese sombrío más allá que trasciende de tantas de sus creaciones. Ante ellos, la mueca del observador usurpa la función de cualquier juicio.

Hasta es observable alguna similitud entre la faz apretada de Sarmiento y el fruncido ceño de Don Francisco de Goya (*). Almas aptas

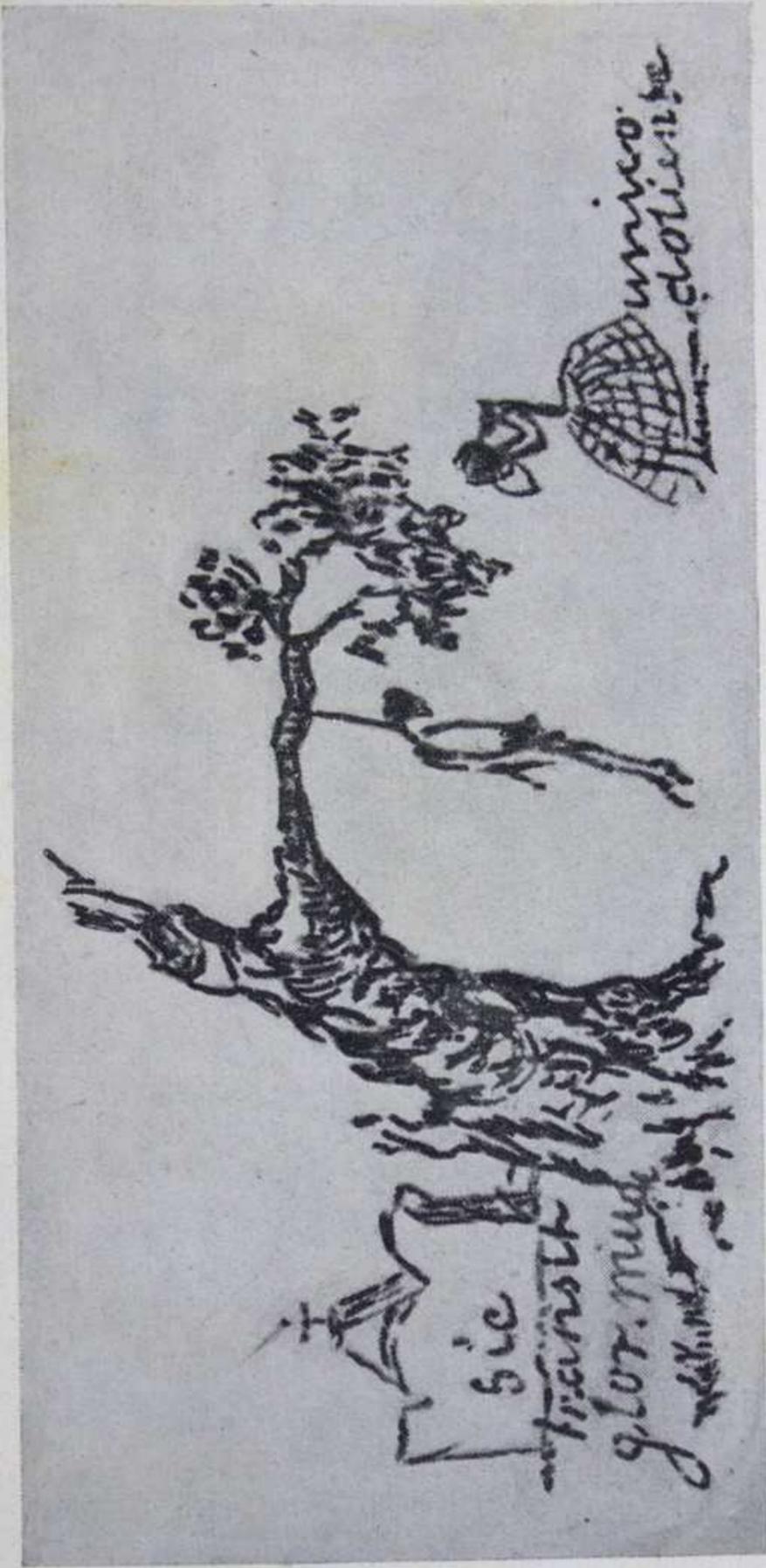
(*) En carta a una hermana suya, habla Sarmiento de una fotografía que acaban de hacerle y que va servir de modelo para un retrato: “Es inmejorable para que le dulcifiques la *ceja*, que es durísima en el de Buenos Aires, que te sirve de modelo, y disminuyas todo lo áspero del semblante, aunque me parece que algo del entrecejo debe dejarse,

para sumergirse en lo tremendo, hasta en lo infrahumano de sus respectivos países. Hay quienes ni quieren ni saben rebasar la raya más allá de la cual quedan abolidas las maneras y las medidas, y se instaura catástrofe. Al franquear las barreras que dan acceso a lo monstruoso surge un mundo en donde los sucesos y las actitudes son estruendosamente irregulares, las pasiones se despeñan con estropicio, — violencia, catástrofe individual o colectiva, ambientes como de incendio o naufragio. “¡Ay de los hijos de los que se están educando en la escuela de los mueras y de la violencia!” (*)

En muchas pinturas y dibujos de Goya, lo mismo que en *Facundo*, se aspira el horror, a veces con sublimación de su negativa grandeza. Y del mismo modo que en ciertos esenciales cuadros de Rembrandt se percibe un aire trascendente de cada ser y que con justeza se ha denominado “lo numinoso”, así en la obra de estos dos bravíos temperamentos “lo catastrófico” se nos aparece con rumor de derrumbe. Atractivo de sondear lo espantoso. ¿No sería acaso un adecuado tema de “capricho” goyesco la anécdota de la Severa Villafañe, y mucho más todavía si resultara (según dicen algunos) que el hecho no se dió así en la realidad? He aquí sólo el final del monstruoso episodio: “Un día se escapa de las manos de los asistentes del general, que van a extenderla de pies y manos en una muralla para alarmar su pudor; otro, Quiroga la sorprende en el patio de su casa, la agarra de un brazo, la baña en sangre y bofetadas, la arroja por tierra y con el tacón de su bota, le

pues desde joven tenía, tu sabes, dos rayas o quebraduras perpendiculares que Alberdi te aconsejaba en Santiago conservar en un retrato mío que hacías, como características del hábito de pensar: la *contracción*” (Véase ALBERTO PALCOS, *El Facundo*, 1934, pág. 108).

(*) SARMIENTO, *Recuerdos de provincia*, pág. 73.



EL AHORCADO

que
una
olvid
mo S
del S
rama
mues
quier
A la
pañ
su e
el se
tran
de a
do l
sue
niñ
par
mo
de
la
lla
sin
me
la

quiebra la cabeza. ¡Dios mío! ¿No hay quién favorezca a esta pobre niña?”

Esta última frase, ¿no pudiera servir de leyenda a uno de esos inolvidables dibujos de Goya? Mi suposición viene a confirmarla el mismo Sarmiento con un diseño, cuya divulgación debemos a la diligencia del Sr. Palcos. Se titula “El ahorcado”. La víctima pende de la única rama que sobrevive de un antes pujante árbol, cuyo tronco irónicamente muestra una robustez ya sólo apta para sustentar ahorcados. A su izquierda, una rústica construcción que bien puede ser el campo santo. A la derecha, la figura de una mujer en trazo de avispa que lleva un pañuelo a los ojos y se dobla sollozante. Todo ello tragicogrotesco en su esquematismo. Y la explicación del dibujante expresa a maravilla el sentido de la escena. Bajo la ermita del campo santo leemos: “Sic transit gloria mundi”. Y como prolongación de la falda en cuadrícula de aquella mujer gemebunda, estas palabras: “Unico doliente”. Cuando hace años leí en *Facundo* aquella frase que epiloga en escalofrío la suerte de la Severa Villafañe, “¿no hay quién favorezca a esta pobre niña?”, pensé sin fundamento alegable que Sarmiento era digno de ser parangonado con Goya; hoy ya está ahí la prueba. Nos la grita el mismo Don Domingo Sarmiento. Las letras y el diseño son expresiones de una idéntica vivencia.

Alma goyesca, visión romántica del mundo, sentido dramático de la cultura como clara herencia de un siglo que a través de Feijóo, Jovellanos y tantos más había suscitado en esta margen atlántica unos afanes similares a la angustia que oprimía los ánimos mejores en la decadente metrópoli. En función de todo ello debiera ser repensada y rearticulada la obra del más admirable de los argentinos. Para llegar, sin

embargo, a la conclusión de que Sarmiento es Sarmiento. Porque los problemas con los que se enfrenta no sólo son peculiares, porque objetivamente ostenten este o el otro perfil, sino porque son los que específicamente se crea este hombre de ceño concentrado y de alma estremecida por las sacudidas de un destino que quiso abrumarlo con la altísima y dolida misión de ser su portavoz. Todavía hoy Sarmiento no es popular. Hay quien, como en sus días, lo califica de loco y de inoportuno; tal vez de aguafiestas, siempre dispuesto a perturbar la ignavia algodonosa de los que consideren más cómodo admirarlo que entenderlo con todas sus consecuencias.

Para mí, lo que en Sarmiento es singular, lo que no se deja cubrir con juicios y valoraciones que en último extremo pudieran convenir también a otros, es lo siguiente: los supuestos de que parte este gran violento, y que parece debieran arrastrarle a resultados líricos o a acciones desmesuradas de haber sido un auténtico romántico o un inequívoco hombre de acción política, aquellos supuestos llega un punto en que se quiebran y son superados por el mismo que los había erigido en programa de vida militante. La tendencia a reobrar sobre sí mismo en procura de nuevas integraciones, es más urgente en él que el afán proselitista o que el gusto de dejarse arrastrar en pos de motivos estéticos o de caprichos ideológicos. Y no se diga que Sarmiento hace al fin y al cabo justicia a Quiroga o a Rozas porque llevara en su alma cualidades y calidades afines a la de aquellos hombres tan monstruosos como grandes en su fatalidad histórica. Don Domingo se sobrepone a su rencor contra aquellos adversarios, no porque al comprenderlos o valorarlos se justifique él a sí mismo; no, por tanto, como un acto de abandono a radicales y espontáneas tendencias que las circunstancias hubiesen obli-

gado a enmascarar o a desviar, sino porque las posiciones esenciales que Sarmiento toma en su vida —contemplada ésta en toda su amplitud— son posiciones de continua superación respecto de ellas mismas, quieren trascender, no son tesis ni amaneramientos de escuela, ni fruto de obstinaciones o de arrebatos pasionales. Todo ello, qué duda cabe, ocurre en Sarmiento; en su difusa y a veces caótica producción hay momentos de olvido y negligencia, mas no es eso lo que la caracteriza. Hasta dónde supiese lo que parecía saber, es asunto que conocemos mal. Para resolver la duda habría que releerse atentamente los libros de su biblioteca, y en general aquellos escritores de su tiempo que en una u otra forma le fueron accesibles, incluso a través de la conversación, rasgo este último muy propio de nuestra civilización hispánica. No tengo, pues, clara y distinta idea de la sapiencia o insipiencia del gran sanjuanino. Conozco, en cambio, y quiero suficientemente a Sarmiento para sospechar que su fantasía se deja cautivar por el trémolo romántico de los coloristas y descriptores de comienzos de siglo y por los teorizantes de la fuerza mística de la naturaleza; que su mente suspira por las claridades de los enciclopedistas y de sus epigonos. Ahora bien: sobre todo ello, Sarmiento vive los problemas que él mismo se va creando, los cuales ya no son ni de un romántico ni de un intelectualista. Son lo que la vida argentina que le cerca le vocea en el fondo de su alma, y le incita a plantearse originalmente.

Aguardaríamos, por ejemplo, que el Sarmiento embelesado ante lo pintoresco y tradicional admirara sin trabas, como tantos románticos lo hicieron (allí estaba en España Fernán Caballero), cuanto el pueblo y su espíritu guardaran en su más honda intimidad, porque en ella latían los ecos de la divinidad inmanente. Pues bien, el mismo Sarmiento que

se arroba frente a las escenas patriarcales de las campiñas vírgenes es el que escribe estas palabras: “Fué aquel viejo el tipo de la colonia española, especie de patriarca pobre y severo, sentencioso en sus palabras y además poeta, que tenía un adagio o un verso para cada ocurrencia de la vida. Los pueblos que no piensan, viven de la tradición moral, y el libro de los proverbios anda desparramado entre los ancianos”.

Por la misma leal necesidad de plegarse a las entidades vitales que le cercan escribirá esto: “Veo en la vida pública de Quiroga el hombre grande, genio a su pesar, sin saberlo él, el César, el Tamerlán, el Mahoma. Ha nacido así y no es culpa suya”. Palabras magnánimas, de un gran ánimo en efecto, que marcha por el mundo a toda vela y a todo riesgo. Por eso se rectifica, se contradice, o mejor, se reintegra en posturas cada vez más depuradas y más complejas. Es paladín de la cultura, de la inmigración, del parlamentarismo, y en más de un caso nos alarmará señalando los escollos y los peligros anejos a aquello mismo que ha propugnado. Su antihispanismo se supera en un ideal de superhispanidad que sintetiza cuanta valía e ineludible fatalidad hay en ese hecho de que unos sean gallegos de allende y otros de aquende.

Lamento profundamente carecer de tiempo material y espiritual para desarrollar suficiente y dignamente, como lo exigiría esta alta ocasión, las apresuradas sugerencias que se encierran en mis palabras. Pero unas breves horas al servicio de mi mejor voluntad no dieron para más.

AMÉRICO CASTRO

LA GENERACIÓN DE SARMIENTO Y EL PROBLEMA DE NUESTRO DESTINO

EL CULTO DE LAS TRADICIONES

La realidad viene envuelta siempre en la finísima, sutil, invisible red de nuestras ideas. Ellas hacen posible la pesca milagrosa del conocimiento: nos permiten traer las cosas hacia nosotros y verlas claramente. Pero si desviamos las ideas de su humilde oficio piscatorio, si sustituimos las cosas por las ideas, si exaltamos y magnificamos místicamente las ideas, habremos perdido para siempre las cosas. Nuestras ideas, en vez de mostrarnos la realidad, servirán para ocultarla. Mística de ese linaje, de las que exaltan las ideas y esconden las cosas, es el tradicionalismo. A fuerza de exaltar y magnificar la idea del pasado, el tradicionalista acaba por no ver la realidad y el sentido de la historia. La historia se convierte para él en una inmensa y curiosa colección de grandes hechos y grandes hombres: en un museo de tradiciones. Lo que fué vida y movimiento, lo que fué tendencia y acción, se convierte en cuerpo rígido, en bosque petrificado. Pero inmovilizar la historia es matar su sentido, vaciarla de su contenido esencial; y convertir las tradiciones en piezas de museo es impedir que se continúen y prolonguen en la historia.

El mayor pecado del tradicionalista es aniquilar la historia y la tradición. Porque en la historia sólo vive aquello que pasa, que se hace,

que va de unos a otros: la verdadera tradición. Y al tradicionalista le interesa sólo el pasado definitivo y absoluto, lo irremediabilmente muerto, lo que ya no puede pasar y continuarse de unos hombres a otros. Las tradiciones del tradicionalista — históricamente muertas — no pueden ser verdadera tradición. Por eso el tradicionalista, en vez de esforzarse por mantener la continuidad histórica, recogiendo la tradición viva de su pueblo, pretende restituir las tradiciones muertas, resucitar los cadáveres magníficos del pasado. El tradicionalista, al querer resucitar cadáveres, cae entonces en utopismo como cae el revolucionario que quiere matar lo que está verdaderamente vivo. Uno y otro olvidan que somos responsables de un destino, de una tarea, de una misión. Que la hemos recibido del pasado y debemos continuarla en el futuro. Sólo en la continuidad del esfuerzo se da la verdadera tradición. La herencia más importante del hombre no es de bienes y glorias — fáciles de heredar —, sino de deberes y responsabilidades.

EL HÉROE Y SU ESTATUA

El tradicionalismo ha envenenado prematuramente nuestra historia. Desde hace treinta años se cierra sobre ella — signo terrible de decadencia — y nos impide ver la verdadera significación de nuestro pasado, el verdadero sentido de nuestra viva, urgente tradición. Una oscuridad tremenda, llena de prejuicios y temores, ha caído sobre nuestra historia y nos ha dejado igualmente a oscuras acerca de nuestro futuro. Porque lo que seremos los argentinos dependerá de lo que somos y lo que somos depende, en gran parte, de lo que hemos sido.

Nunca fué más necesario oponer a la mística del tradicionalismo la claridad crítica de la inteligencia. El tradicionalismo que todo lo ciega y oscurece — porque exalta las ideas en vez de servirse de ellas para ver las realidades — ha desfigurado la realidad histórica de nuestro pueblo, la suma de los esfuerzos que ha realizado para darse una

tarea y un destino. El tradicionalismo ha estereotipado la realidad viva y pujante de nuestra historia en un repertorio de frases grandilocuentes. Por eso la mayoría de los argentinos no sienten ni conocen profundamente su historia aunque cumplan con el rito inerte de reverenciarla. No se sienten vinculados a ella, al destino común que viene desde el pasado: han perdido el sentido de la continuidad, la conciencia de la verdadera tradición nacional. No conocen del pasado más que un montón de episodios inconexos y cuando se vuelven hacia atrás, para mirar sus héroes, no ven otra cosa que una avenida de estatuas. La exaltación vacía de los episodios aislados les impide entender la continuidad dinámica y el profundo dramatismo de su historia. El culto formalista de los héroes les impide ver esa extraña y compleja unidad de pasión y desinterés, de sacrificio y tenacidad que es la vida del hombre heroico. El artificio tradicionalista ha fragmentado nuestra historia, ha desarticulado su sentido y ha convertido nuestros héroes en estatuas, dejándonos sin tradición, poniendo en peligro nuestro destino.

EL HÉROE Y SU TAREA

Sarmiento es el más vigoroso, el más pujante, el más decidido entre todos los hombres heroicos que en esta tierra han continuado una tradición y han trabajado por un destino. No es posible entenderlo sino bajándolo de su pedestal, devolviéndolo al terreno que siempre prefirió: el plano de la acción, de la lucha, del combate infatigable. Apasionado y dinámico, áspero y violento, arrebatado por un impulso creador poderoso e irrefrenable, no puede comprenderse su vida, y el sentido heroico de su tarea, sino sobre el fondo en movimiento de nuestra propia historia. El héroe es, precisamente, el que se entrega por entero — con cuerpo y alma — a una tarea de bien común; el que sacrifica su vida a ella y la recobra, enriquecida por el sacrificio. La vida de Sarmiento y la tarea a la que dedicó su vida están dinámicamente entrelazadas

con la historia de nuestro pueblo porque puso todas sus energías, su pasión, su inteligencia a la gran tarea común de hacer una nación para los argentinos. La compartió, claro está, con los hombres de su generación porque tareas tan pesadas no pueden caer sobre un solo hombre. Los héroes por sí solos no pueden hacer la historia; la historia la hacen las generaciones, el puñado de hombres que en un cierto momento se sienten arrastrados por un mismo modo de pensamiento, unidos en una misma tarea.

A la generación de Sarmiento, a la generación de los proscritos, correspondió la tarea enorme, difícil, llena de riesgos y sacrificios de crear la nación: de improvisarla, quizás, sobre un desierto. Hasta entonces la nación había sido un ideal acariciado desde lejos por unos pocos argentinos. Por obra de los proscritos iba a comenzar a realizarse. Es cierto, la nación no fué hecha de la nada: nada sale de la nada, ni en la historia ni en lo que no es historia. La sazón era propicia: el fruto de nuestra nacionalidad estaba en sazón. En el orden interior los factores de la anarquía se habían destruído mutuamente y teníamos abierto a cualquier posibilidad un territorio inmenso, inexplorado y desierto. Europa, entretanto, necesitaba volcar sobre tierras nuevas grandes contingentes de hombres y buscar en ellas, en cambio, los productos que su enorme crecimiento exigía. Ese fué y es, todavía, el tinglado económico de nuestra nacionalidad. Sin el fenómeno prodigioso del crecimiento europeo, la Argentina — y América en general —, no habría tampoco crecido y multiplicado sus riquezas.

Pero para que surgiese la Argentina como nación, consciente de un destino, no bastaba abrir el país a la inmigración, a los capitales extranjeros, a las necesidades de Europa. Con eso sólo hubiésemos sido nada más que una colonia rica y próspera. Había que afirmar, además, una voluntad nacional y la riqueza y el poder que Europa nos prestaba debían servirla. Sarmiento y los hombres de su generación aprovecharon, por eso, la sazón — más aún, la favorecieron —, porque sin una base económica poderosa nada podía intentarse, pero imprimieron a los acontecimientos un sentido propio. Lo que fué en cierto modo el resultado

inevitable de la expansión económica y del crecimiento demográfico de Europa, se convirtió por obra de aquellos hombres en un hecho históricamente distinto. Al mismo hecho — la expansión europea — le confirieron un sentido diferente y al hacerlo cambiaron el curso de nuestra historia. La historia no es más que eso: el sentido en que crecen los pueblos.

La riqueza que nos venía de pronto por motivos extraños a nuestra propia vida fué aprovechada, pues, para empezar a construir desde abajo una nueva nación. A esa tarea se aplicó la generación de los proscritos animada por una fuerte voluntad nacional y según un plan político preciso.

LA NEGACIÓN POLÉMICA

La tarea de Sarmiento y la de los hombres de su generación comenzó por un no rotundo: abriendo guerra contra las tradiciones coloniales y contra cualquier utópico intento de revivirlas. No podían aceptar ni la complacencia ni el cultivo intencionado de las viejas tradiciones españolas sobre las que nuestro pueblo vivía adormecido. Por lo pronto, había que prevenirse contra el tradicionalismo, contra la mística exaltación de un pasado definitivamente muerto. Pero había que combatir además lo que quedaba de tradición inerte. Ese es el sentido del anti-españolismo de Sarmiento. Veía en lo español el signo de la pobreza, de la perversión, de la ignorancia. Pero era la España de adentro la que atacaban los proscritos; se sentían por eso hermanados con los pocos que en España combatían la misma triste e inerte tradición: la de un imperio crecido en decadencia. En todos ellos —y en Sarmiento sobremanera— se descubre así, por debajo del poderoso sentimiento nacional que los arrastraba, un fuerte hálito español.

Para ellos —y Sarmiento se manifiesta como el mejor intérprete de esa convicción—, no era posible vivir ni crear nada desde la tradición española. Menos aún una nueva nacionalidad. La terrible suerte

de España ha sido, precisamente, la de no poder librarse por completo del cadáver de su imperio para rehacerse sobre nuevas bases. La generación de los proscritos tuvo la virtud de desembarazarnos del peso muerto de esa tradición. Contra la tradición del imperio — dentro de la cual sólo nos tocaba ser colonia —, había que afirmar la idea viva de una nación argentina. Fué la idea que despuntó prematuramente en Mayo. Pero ahora era algo más que una idea: era un profundo imperativo traspasado de convicción.

Al sentir en sí mismos la idea y la voluntad de nación, al proponérsela como programa de vida, como destino colectivo, Sarmiento y los que lo acompañaron en la gran aventura de nuestra nacionalidad fueron los continuadores de la tarea que ya habían iniciado, entre dudas y vacilaciones, los hombres de Mayo. Y al recoger y apropiarse ese programa se convirtieron en continuadores de una gran tradición a la que los españoles —por amarga paradoja— dieron nombre por primera vez: la tradición liberal.

El liberalismo es la expresión política de la gran fe humanista que hizo irrupción en todos los órdenes de la vida europea con el Renacimiento. Liberal era el que había dejado de ser servil, el que tenía conciencia de su libertad. Y libertad era la palabra que servía para indicar el destino éticamente superior del hombre. Sólo mediante la libertad podía el hombre desarrollar armónicamente, sin trabas, todas las magníficas posibilidades de bondad, de verdad, de belleza que hay en él. Libre del servilismo de la naturaleza —de su propia naturaleza, en particular—, podría realizar un tipo de vida superior, casi sobrehumana. Ese ideal —que por utópico no es menos importante— impulsa, en el orden político, al liberalismo. Las formas concretas —algunas bastardas— que asumió en el siglo XIX, no disminuyen ni la grandeza de su propósito ni la fuerza de su impulso.

Pero casi junto con el liberalismo político surgió, también, la idea de las nacionalidades: fué la primera forma eficaz del liberalismo. En ella se particularizó y adquirió fuerza la aspiración hasta entonces excesivamente abstracta y universal del liberalismo. Sobre un fondo liberal

nacieron las nacionalidades —como expresión de la libertad frente al despotismo—, pero en el programa de las nacionalidades encontraron, por primera vez, los liberales una vía segura y eficaz de realización política. Esa es la gran tradición y a la vez el gran programa que, por encima de la tiranía, retomaron y continuaron Sarmiento y los hombres de su generación.

REALISMO Y UTOPIA

Había, sin embargo, una gran distancia entre el liberalismo de Moreno y Rivadavia y el liberalismo de Sarmiento. Por lo pronto, los separaba la diferente manera de sentir la nacionalidad. Mientras los hombres de Mayo eran hombres universales, educados en el ámbito del Imperio que sentían más como americanos que como argentinos, la generación de Sarmiento fué la primera generación verdaderamente argentina, formada después de la revolución. La nacionalidad era para ellos algo más que una idea: era un sentimiento poderoso. Y por él se sentían vinculados, íntima y secretamente, a ese destino particular —preciso y bien limitado— que se llamaba Argentina.

A la diferencia en el modo de sentir correspondía una diferencia igualmente profunda en el modo de pensar. Sarmiento la ha destacado con agudeza. La generación de los proscritos se sentía extraña al liberalismo enciclopedista de Rivadavia. En plena juventud habían asistido a su fracaso político y al surgimiento de una nueva situación social: el poder fué cayendo, en todo el país y en pocos años, en manos de los caudillos. Pero los caudillos aparecían sostenidos y alentados en su demanda por las masas: de ellas sacaban su fuerza política. Eran masas en montón, en *montonera*, pero masas de pueblo argentino. Se trataba de una fuerza inesperada que los enciclopedistas, excesivamente intelectuales y sin experiencia política, no habían previsto. Las masas —aquí como en España— ahogaron el primer ensayo liberal para transformar el viejo y podrido cuerpo español; las masas eran profun-

damente reaccionarias: suelen serlo siempre. Su aparición, por primera vez en nuestra historia —hasta entonces la vida política había transcurrido en círculos minoritarios—, cambió el curso de nuestra incipiente democracia en el único sentido posible: al despotismo ilustrado de Rivadavia, al liberalismo a la española, inexperto y sin sentido popular, sucedió una especie de cesarismo criollo, de tiranía populachera. Aquí, como en Europa, el rasgo característico de la Contrarrevolución fué el surgimiento de déspotas iletrados.

Aquella profunda crisis impresionó grandemente a Sarmiento y a los jóvenes de su generación. El éxito de los caudillos, el triunfo de la tiranía, eran algo más que una casualidad: tenían un aire evidente de necesidad histórica. Había que contar, pues, con la historia, con la realidad informe y terrible de nuestro pueblo. La transformación del viejo cuerpo colonial no podía ser el resultado de reformas impuestas por leyes y decretos: había que reformarlo desde las raíces teniendo en cuenta todos los elementos que componen el proceso histórico.

EL SENTIDO HISTÓRICO

Lo que Sarmiento enrostra a Rivadavia es, precisamente, su falta de sentido histórico, el estar divorciado de la realidad. La generación de Sarmiento, en cambio, sin renunciar a la idea liberal y a la gran tradición que ella representa, manteniendo el firme propósito de hacer una nación libre y consciente de sí misma, se propuso desde el principio contar con la realidad histórica para evitar la repetición del fracaso. Es cierto, la generación de Sarmiento había surgido a la vida intelectual en la atmósfera historicista del romanticismo. Pero esa atmósfera también tenía sus peligros: la nostalgia del pasado, el culto de lo exótico, el delirio metafísico. Nuestra generación romántica se libró, sin embargo, de ellos: ni les atraía el pasado, ni les interesaba lo exótico, ni sintieron la vocación metafísica. La realidad, por otra parte, los urgía

a obrar. El sentido histórico tomó, por eso, en ellos la forma de *positivismo*: se trataba de entender lo que está puesto por sí, lo que lleva en sí su razón, lo *positivo* del proceso histórico. “Darnos la razón del progreso y el conocimiento de sus leyes” fué el programa que, enunciado por Alberdi, hizo suyo desde el comienzo la generación entera. Ese propósito de comprensión histórica está en la base de *Facundo*.

El destierro sirvió para que los proscriptos viesan con plena claridad nuestro problema político y social. La ausencia y la distancia les permitió contemplar mejor la realidad argentina y comparar el país propio con el ajeno. El progreso no podía hacerse por la razón: tenía que ser fruto de un lento y complejo proceso histórico. Por eso la generación de Sarmiento repudió la ideología de Rivadavia y su utópico intento de transformar el país desde arriba mediante decretos: la transformación debía comenzar por la base. Y las causas que impedían esa transformación eran tradicionales y geográficas. La batalla debía darse, pues, en dos frentes. Por una parte, luchar contra los hábitos coloniales, contra la resignación y la indolencia criollas; por otra, anular el desierto y sus distancias que pesaban sobre nuestra vida como una maldición. Trocar la maldición en promesa. Se trataba, pues, de movilizar el país, de ponerlo en pie para que se civilizara, de reeducar a los argentinos. Surgió así un gran programa de vida. Sarmiento se nos aparece como el más decidido realizador de ese programa. Después de haber presentado dramáticamente en su *Facundo* a nuestros dos terribles enemigos, aplicó todas sus energías a destrozarlos.

UN PROGRAMA DE VIDA

El ideal que los proscriptos se proponían realizar estaba a la vista. El progreso, la transformación de la realidad histórica, debía realizarse en el sentido que señalaban Europa y los Estados Unidos. Era necesario propagar la educación común, fortalecer el orden jurídico, aumentar

la riqueza pública y privada. Sobre los restos bárbaros de la colonia —el país se había ido barbarizando desde 1810—, era urgente levantar una nación a la europea, rica y culta, con hábitos nuevos. Crearla sin demora, con prisa. Una furia de acción los dominaba; en Sarmiento alcanzó su máxima intensidad. No podían resignarse al crecimiento paulatino. La única posibilidad estaba, pues, en aprovechar el esfuerzo extranjero abriendo el país a la inmigración y al capital europeos. Esto no significaba, sin embargo, una entrega; era, por el contrario, la única manera de realizar la poderosa voluntad, el fuerte deseo nacional que los animaba. La alternativa no admitía dudas: o resignarse al triste estado de colonia empobrecida o convertirse en nación rica, poderosa y libre. Se era o no se era y todo ser exige sacrificios. Al imperativo de ser nación sacrificaron, por eso, la suerte de la vieja población criolla. Pero no lo hacían en virtud de un bajo propósito utilitario. Eran realistas en política — porque el realismo es la única posibilidad de utopía efectiva—, pero a modificar las bases materiales de nuestra nación, de economía y de raza, los llevaba un propósito ideal. Construir caminos y ferrocarriles, colonizar el desierto, dar entrada al extranjero y facilitar su arraigo en nuestra tierra, toda esa tarea tenía por motivo elevar el nivel económico, pero también elevar la moral del país deshecho por la anarquía, aplastado por la ignorancia y gobernado por la violencia. Multiplicar la riqueza del país e incorporar a él nuevos elementos raciales, era a juicio de ellos la primera condición para dignificarlo. Porque Sarmiento y los hombres de su generación, educados en el romanticismo, creían todavía en la dignidad del hombre y en los valores espirituales que dan sentido a su vida.

Si alguien lamenta lo pasado —siempre hay tradicionalistas incurables—, debe recordar que no es tiempo de lamentaciones: de la Argentina anterior no queda nada. Más aún, la Argentina verdadera —la única que hoy puede importarnos— comienza entonces. Comienza con un programa de vida en que se da forma, por vez primera, a las esperanzas que desde comienzos del siglo habían desvelado a los más ilustres argentinos. Con ese programa ha vivido el país desde entonces:

ha sido el programa común a todos los partidos políticos argentinos y a él se ha recurrido siempre en procura de soluciones. Hace tiempo, sin embargo, que ese programa se ha revelado insuficiente. Por una parte, han surgido situaciones nuevas que no pueden entenderse con las viejas ideas. Sarmiento y los hombres de su generación no podían prever, por ejemplo, que la riqueza de la mitad del país iba a hundir en la pobreza y la decadencia a la otra mitad; que la invasión extranjera de hombres y capitales se convertiría en un serio peligro para nuestra independencia. Pero si el programa es hoy insuficiente y exige una revisión fundamental no es menos cierto que permanece incumplido en su mayor parte: todavía el desierto llega hasta las puertas de nuestras grandes ciudades. Esa es la extraña situación en que nos encontramos los argentinos: con un programa de vida que ha envejecido sin que lo realicemos.

EL PROBLEMA DE NUESTRO DESTINO

La generación de Sarmiento cumplió con su mandato: realizó la tarea del momento y nos dejó un programa de vida. Su mayor mérito y su mejor ejemplo fué el haber sentido la Argentina como un destino, como un programa: haber puesto la Argentina en el futuro y no en el pasado. Así nuestros proscritos crearon el gran mito de la Argentina futura, de la gran Argentina. Ese mito empezó a vivir en el alma ingenua de los argentinos. Llenó de entusiasmo y de fe a una gran parte de nuestro pueblo. Los extranjeros también se contagiaron de ese entusiasmo porque se sentían unidos a una obra común, colaborando en la tarea inmensa de construir una nacionalidad libre y generosa. En la fuerza del mito residía el enorme poder de captación de la Argentina. Pero, poco a poco, la eficacia del mito y el entusiasmo originario fueron perdiendo su vigor. Pocos son los que hoy se sienten vinculados de verdad a un destino superior y los que trabajan por él. A la fe viva y angustiada ha sucedido la complacencia retórica. La "grandeza argen-

tina” se ha ido convirtiendo en un recurso oratorio. Así se explica que haya disminuído en los últimos veinte años el poder de asimilación del país y que la influencia extranjera se haya fortalecido en vez de debilitarse. Así se entiende, también, que ningún programa político arrastre verdaderamente a nuestro pueblo. La indiferencia y el escepticismo han sustituído a la fe y el entusiasmo. Y no sin razón. Desde hace cincuenta años, generación tras generación, ha faltado a su deber. Sólo así se explica que el programa político del 53 haya envejecido sin cumplirse totalmente.

Por encima de la indiferencia —para cubrirla o para utilizar sus despojos—, se cierne la idea feliz y fácil de que la Argentina es algo terminado y perfecto. En esa idea descansan todos los que prefieren servirse del país en vez de servirlo, todos los que pretenden rehuir nuestra verdadera tradición disimulándose en el tradicionalismo. La tarea de construir la Argentina, de convertirla en “una nueva y gloriosa nación” está lejos de haberse realizado. Quizás nunca lo ha estado tanto. La generación de Sarmiento nos eligió un destino y traicionarlo sería traicionarnos a nosotros mismos. Hay, pues, que recoger esa tradición —la tradición de una gran tarea constructiva—, si no queremos matar nuestra mejor esperanza y comprometer seriamente nuestro futuro.

ANIBAL SANCHEZ REULET

LECCIÓN DE ACTUALIDAD

Sarmiento: he aquí una instancia para hacer un examen de nuestra conciencia actual, para forzar a la historia a que cumpla su finalidad auténtica, a que — según la expresión de Freyer — “sirva conscientemente a la finalidad de que el presente se comprenda a sí mismo y conozca sus problemas históricos”. No hacemos, pues, historia, — no nos compete. Sólo intentaremos hacer presente con ella. Para eso Sarmiento es una perfecta piedra de toque, un reactivo siempre fresco. Como testimonio de grandeza, bastará esa calidad suya de paradigma adecuado ante su posteridad, es decir ante nosotros, a más de medio siglo de tiempo y a mucha más distancia histórica, porque en esos cincuenta años, en esos pobres cincuenta años ha llovido sobre el mundo a torrentes, con tal precipitación de acontecimientos que parece imposible encerrar en el período de una vida el contenido secular del drama acontecido.

Pues bien, a pesar de todo, Sarmiento todavía puede darnos su mejor lección; su pasión pedagógica aun puede dar frutos.

En Sarmiento — y eso es lo ejemplar del caso — podemos buscar motivo de reflexión todos, no solamente los hombres hoy estructurados de manera simpática o afín, sino también los demás. Quien convivió en su época las ideas de Sarmiento puede temperamentalmente parecerse a quien con ellas simpatiza hoy, pero este último tiene el deber de examinar detenidamente los fundamentos de ese impulso simpático, porque el

contenido de él puede haber variado. La inversa es igualmente justa: quien se siente alejado hoy del clima mental de Sarmiento no se haga la ilusión de que su sistema corresponde al de los que en aquel tiempo lo combatieron. Las ideas se han desplazado, aun cuando el contraste siga siendo el mismo.

El procedimiento para ese examen es muy sencillo: tomar los grandes tópicos de Sarmiento, las ideas que en él nacieron o vivieron — porque en él sí que las ideas vivían — y verlas hoy en su popularidad, en su afirmación y en su negación. Ello es todo un programa cuyo desarrollo trasciende en mucho los límites de este breve esquema; pero como esquema, y nada más, nos atrevemos a esbozarlo.

SARMIENTO, HOMBRE DE IDEAS

Este solo planteamiento de la cuestión, sin embargo, envuelve ya uno de los tópicos a revisar. Con sólo elegir como punto de partida el complejo de ideas de Sarmiento, ya se toma posición ante el problema presente. Está hoy tan aguzada la sensibilidad que casi no hay enunciado inofensivo. Aun no hemos dicho nada sobre la *calidad* de las ideas de Sarmiento y ya encontramos uno de los puntos que en la actualidad puede despertar una oposición en otra época inconcebible, ya encontramos una novedad: hoy existen intelectuales que niegan las ideas para entregarse a una empiria mística de la acción como tal. Hoy se ha gritado: muera la inteligencia. Ese grito representa algo así como el programa máximo. No es la opinión corriente, porque en definitiva, aun reconociendo en la intelección contenidos emocionales más o menos puros, es innegable su calidad de órgano del pensar por conceptos. Esta forma de pensar no es un devaneo al cual pueda renunciarse a voluntad: es una condición del hombre, que podrá lamentarla pero no eludirla ni el más instintivista o emotivo o místico o mágico o intuicionista o, como se dice hoy, ni el más realista. Ya veremos luego lo que es eso.

Pero no hagamos caso de ese grito extrahumano — perdónese el eufemismo — porque, sin necesidad de proclamar directamente la muerte de la inteligencia, lo que hoy se repite es la desconfianza en las ideas; hasta se emplea la expresión “ideología” como algo sospechoso y minusvalente; hasta hay cándidos partidarios de la ideología de no tener ideas (¿será por temor a que sean falsas o verdaderas?). Así, frente al poder de las ideas se exalta la idea del poder, como si éste, cuando está en manos de hombres, no fuese siervo en lugar de amo. Siervo, no por cierto quien lo soporta, sino de quien lo ejerce. El poder no es hoy nada en sí y por sí: su símbolo, la espada, está siempre movida por un brazo y no hay brazo en el mundo que se mueva sino para servir, aun cuando sólo sea la propia idea monomaniaca de poder. El poder es también una idea antes que un hecho.

En Sarmiento encontrarán esos teorizantes el ejemplo más vivo y apasionantemente demostrativo de que vivimos de ideas y por ideas y que ese es el testimonio único de nuestra dignidad.

NUESTRA LECCIÓN

¿Y quienes de ideas vivimos hoy no tenemos nada que aprender? Más que los otros, por cierto, que al fin lo que ellos reciben es “instrucción primaria”. En este punto la enseñanza llega a hacer blanco en la crisis más honda de la época presente, con dos impactos centrales: uno de naturaleza diríamos ontológica y otro de aspecto psicológico y moral. Cuando balanceamos las ideas de y para las cuales hoy vivimos con las que impelían al admirable sanjuanino, nos vemos sorprendidos por dos hechos característicos: la sencillez esquemática de que aquéllas estaban dotadas y, en contraste violento, su enorme fuerza expansiva, su capacidad de resonancia. Las ideas madres de Sarmiento eran pocas, grandes y claras; pero firmes, henchidas y dinámicas. Las nuestras son muchas, pequeñas y oscuras, y por añadidura vacilantes, huera y estáticas. Pres-

temos atención separada a esos aspectos porque sus consecuencias son de diversa naturaleza, pues unas se vinculan a nuestra formación intelectual y otras a nuestra actitud. Al repertorio mental del hombre de hoy corresponde un mundo de ideas atomizadas, fragmentarias. Es ya un lugar común afirmar que el extraordinario descubrimiento de las ciencias y las técnicas lleva al hombre moderno a la fragmentación de sus conocimientos, hasta el extremo de hacer de un especialista un bárbaro. Que nuestra barbarización provenga de ese hecho, como a veces se ha afirmado, es tal vez una ilusión, pues si en verdad en otras épocas era físicamente posible un saber enciclopédico, ello ya no puede afirmarse en el siglo XIX, en el cual nuestro héroe vivió. Los pequeños sistemas no excluyen sino presuponen y necesitan las ideas generales, firmes y primarias.

La crisis nuestra no es de superabundancia sino de falta de fe. La idea por sí misma no es nada. Una de las mayores sorpresas proporcionadas por la historia es la de descubrir una serie ininterrumpida de cadáveres de ideas por las cuales la humanidad ha luchado y sufrido. De pronto vemos a una de esas cosas pasadas y pisadas levantarse y tomar cuerpo para desencadenar otras tormentas y jugar de nuevo con los hombres, movidos por ella como piezas de un ajedrez misterioso. Es que ha revivido en la mente de los hombres; estos le han entregado una vez más su vida. Esa fué la acción de Sarmiento: hacer vivir ideas. Pero no, la expresión no es del todo justa; Sarmiento no *hizo* eso, sino que *era* eso: un hombre que vivía sus ideas. Para él esos eran los poderes mágicos que concitaban todas las energías de su fe y de su acción. Cuando él hablaba de libertad él *era* la energía de la idea liberal; cuando predicaba la necesidad de educar como medio socialmente único de salvación, él *era* la pasión pedagógica, comunicante y redentora; cuando la idea democrática movía toda su acción de hombre público, no era para él la democracia una teoría social posible sino una forma histórica necesaria. Para Sarmiento esas ideas de libertad, educación y democracia no constituían un puro repertorio intelectual sino una mística; tenía sus ideas, pero él y ellas se pertenecían recíprocamente, había una

relación temperamental e íntima. Por eso la técnica externa de esos principios, su desarrollo, era algo naturalmente derivado y fluyente de aquel profundo manantial. Nosotros nos hemos perdido en los detalles; hemos *dado por sabido* lo demás y he aquí que descubrimos con espanto, en un mal día, la negación de todo aquello. Al prestigio de la libertad sucede la exaltación del poder; la educación es sobre todo concebida como medio de esclavizar; la democracia es escarnecida no en el hecho sino en la idea. Hemos sido víctimas de “las ilusiones del progreso”. Empezaban esas ideas su carrera y nos parecieron tan claras, simples y evidentes que dándolas por *con-sabidas* nos hemos olvidado de *con-sentirlas*. Ha sido preciso el sacudimiento de hoy para despertar la fe en la magnitud de su grandeza, esa fe que en Sarmiento estuvo siempre alerta y que le hizo difundirlas con todo el poder de su pensamiento ferviente y de su acción multiplicada. Hemos sido convencidos pero no guardianes, intelectuales y no apóstoles, y se puede ser intelectual de las ideas pequeñas, pero no de las grandes. Estas reclaman algo más.

Para los que vivimos de ideas, la de Sarmiento es una lección de fe y de conducta; una cuestión de moral. Además de *saber* lo que esas ideas son, debemos *sentirlas* como las más claras derivaciones de imperativos fundamentales de la personalidad humana: pulcritud mental y amor al prójimo. Hoy bien lo vemos. De lo que andan faltos los negadores de la libertad y de la democracia y los que intentan pervertir la educación es de honradez y respeto, formas rudimentarias de la pulcritud y del amor.

Estamos redescubriendo la grandeza de Sarmiento. Y ahora sabemos una cosa más: no bastan ni cincuenta ni cien años para el afianzamiento de una idea; de ella deben ser testigos muchas generaciones de hombres capaces de pensar, y en esa sucesión a más de herederos somos antecesores. La hora de descansar sobre esas ideas como sobre una roca firme está aun muy lejana; otros serán los que tengan libertad sin sentirla.

REALISMO E HISTORIA

Pero aquí el tema presenta a la luz actual nuevas facetas polémicas: el de la historicidad de las ideas, uno de los tópicos que en el presente se ofrece del modo más variado. Ante la pretensión de darles un contenido formalmente necesario y eterno se eleva la consideración de su caducidad histórica, de su desvalorización. Partiendo de ello, y ya en el terreno de lo social, nos encontramos con el ataque a un pensador como Sarmiento fundado en la pretensión, calificada de utopista, de deformar las tendencias sociales dadas en su pureza original, imponiendo un esquema intelectual. Frente a la norteamericanización, al afrancesamiento, a la europeización por él predicada, se hace la apología del valor social autóctono. Sarmiento dijo: mientras haya chiripá no habrá ciudadanos, porque para él ciudadano quería decir algo así como europeizado. Volvemos a la apología del chiripá.

Veamos una de las maneras más depuradas de presentar, frente al idealismo político-social, eso que suele llamarse hoy realismo, el cual, en este aspecto, consistiría en la afirmación de los hechos como valores primarios, y como criterio de su excelencia, su carácter nacional. Esta teoría tiene distintos grados de estridencia, desde el chauvinismo hasta el escepticismo idealista. Desarrollémoslo moderadamente. Uno de los que más han contribuido a divulgar esa convicción es Spengler, para el cual la historia de la humanidad queda dividida en una serie de compartimientos estancos formados no ya por naciones, sino por culturas distintas. Cada cultura no tiene de común con las demás sino su periodicidad, su manera vegetal de nacer y morir: el contenido es original, intransferible, impenetrable. La inmediata consecuencia de ello es — ya fuera de Spengler — la necesidad de desarrollar en forma autónoma las fuerzas autóctonas que caracterizan a un pueblo. Un pueblo es una realidad histórica de la cual no se puede prescindir, así como el ideólogo tampoco puede prescindir de la concepción del mundo a la cual inconscientemente amoldará todo su interés y su saber todo. Sólo los hechos mandan.

Claro está que ese enfoque teórico chocará con hechos tan notorios como la existencia de una historia universal (Vico, Croce, Hegel, Freyer). Spengler explica toda la historia menos el milagro prodigioso constituido por la existencia de un hombre que empujándose sobre su mundo se acerca a los demás con pretensión de explicarlos, ello es, que el *sistema* de Spengler lo que no explica es la *existencia* de Spengler, salvo si se admite que él es el hombre único que está fuera de su historia.

Pero dejemos el problema de la posibilidad de la historia universal *et revenons a nos... sociologues*. ¿Se han planteado ellos seriamente el problema de averiguar qué es lo nacional? ¿Han tratado siquiera de resolver si es posible que lo nacional sea por sí mismo un valor? Es relativamente simple averiguar la cuestión, porque para ello se ofrecen dos caminos igualmente válidos. El uno consiste en rastrear la historia y buscar en ella los elementos más característicos de un pueblo; el otro en estudiar la actualidad para hacer el retrato individual de una sociedad. Uno y otro, en realidad, deben completarse, ya que el presente es hijo del pasado. Existe además un medio auxiliar: el autoanálisis, la investigación de los contenidos colectivos de la propia conciencia.

Concedo que el investigador sea bien inteligente, bien capaz de objetividad y sincero, y después de todas estas concesiones permítaseme dudar de que el resultado de su trabajo sea algo superior al *Facundo* de Sarmiento. ¿No gusta el modelo? No hago sobre ello cuestión, pues me limito a declarar una preferencia literaria; es perfectamente posible que libros posteriores tengan mayor poder de descripción. Pero lo más probable es que no guste el resultado de esa descripción porque todo lo que en *Facundo* aparece, con ser perfectamente auténtico, no puede postularse como finalidad y una de las ilusiones a que suele entregarse el romanticismo de lo nacional es a la ilusión de su excelsitud. Desgraciadamente eso no es así, ni en nuestro país ni en ninguna parte. La descripción honrada de una historia o de un pueblo descubre necesariamente una multiplicidad de hechos y cosas, y al lado de las grandes intuiciones vemos trabajar la sombra de la estupidez, junto a los máximos valores del heroísmo vemos nacer la máxima perversión. No hablemos de los

otros, porque en este punto los ejemplos de hoy son heroicos. Bástenos recordar como creaciones más o menos típicas de nuestra historia dos principios de autenticidad innegable: la *victoria no da derechos*, proclama del ministro argentino después de la guerra del Paraguay; *hacete amigo del juez*, precepto predicado por el Viejo Vizcacha a su pupilo, el hijo de Martín Fierro.

Eso es lo que en la historia encontramos cuando somos capaces de abordarla con objetividad, y no puede sorprendernos que así sea porque eso es el hombre: una mezcla de ángel y demonio. Sus actos no habían de escapar a esa ley.

IDEALISMO Y ÉTICA

Frente a la realidad más o menos caótica ofrecida por ese tipo de investigaciones es preciso distinguir con claridad la diferencia que va entre su comprensión histórica y su valor político, y entiéndase esta palabra en su más dilatada acepción. Como historiadores, ya nos lo enseña Croce, no debemos enjuiciar nada sino comprenderlo todo. Pero como hombres llamados a cumplir con un presente, como creadores, somos testigos de un valor, de una idea, de un mito social, y para ello, ante la materia prima amorfa que la historia y el autoexamen nos presentan, necesariamente discriminamos valores y disvalores, preferencias y rechazos.

Así, una cosa es *comprender* el hecho o el acontecimiento y otra cosa es *crearlos*; una cosa es ser historiador y otra es hacer historia. La labor de Sarmiento era de esta última categoría. Pero para ello nadie ahondó tanto como él en el conocimiento de su realidad; nadie interrogó más profunda y apasionadamente a los que poseían el "secreto": Facundo y Rosas, con el cual se comparaba y cuyo conocimiento de la

realidad anhelaba hasta el punto de desearlo como colaborador informativo. (*)

Esa actitud valorativa, discriminante, seleccionadora es ineludible en el momento de la acción. El que la niega, el que se resiste a reconocer teóricamente esa necesidad, el que afirma el pasado de una nación como valor primario, único y supremo, ese afirma también un valor, el de la empiria, hace historia para atrás, ese sí que es un reaccionario y un parásito de lo que otros hicieron. “La falta de ideas — dijo Sarmiento — es la barbarie pura”.

Después de habernos empapado de historia todavía falta resolver lo que haremos. Tenemos que *decidir* si la victoria da derechos o no los da, si debemos o no hacernos amigos del juez. Aquí la historia ya nos sirve poco: no ha hecho más que plantearnos en concreto algo que sólo en abstracto puede ser decidido.

El reproche a Sarmiento consiste en que en esa decisión consultó principios... extranjeros. En cierto sentido ello es verdad en una medida muy superior a la que pueda sospecharse. Extranjeras eran durante nuestra colonia monarquista y clerical las ideas de independencia; pero esas mismas ideas eran extranjeras en Francia durante el siglo XVIII hasta la caída del antiguo régimen. Las ideas son extranjeras no porque vienen de otra nación, sino de otro reino que no es el de la historia. Los hechos de la historia están ahí, adelante, son nuestros y de nadie más. Los principios de nuestra elección, de nuestra preferencia, de nuestra acción vienen siempre del mundo de nuestro espíritu. En esa elección nos determina la ética y la economía. Nada podemos hacer que no imprima a la realidad amasada un pequeño sello de extranjería, de novedad, de creación. Podemos resolvernos a luchar haciéndonos amigos del juez y usufructuando los derechos de la victoria: ¿nos llamaremos realistas por ello, como hoy se usa? Será más simple llamarnos amorales y cínicos.

Lo que en Sarmiento impresiona por su grandeza es la claridad

(*) Véase PALCOS: *El Facundo*, págs. 105-106.

con que comprendió la materia ofrecida por la historia, la psicología y la geografía de su pueblo, y la pura energía con que supo subordinar su acción a los principios éticos superiores, sin desfallecer un instante en el dilatado curso de su acción. Sus ideas fueron su vida y el secreto de su fuerza creadora.

¿Pretenderemos que con ese repertorio de ideas el mundo está concluído? ¿No hay después de ellas nada más que hacer? Ese error sería algo así como la contrapartida de aquel que no ve más camino que desandar la historia; sería el utopismo de creer en la eternidad del presente; quien así piensa tampoco hace historia.

No; ni lo uno ni lo otro. Somos idealistas en el sentido de que las ideas nos gobiernan, pero también ellas nacen y mueren. Tienen que hacer su ciclo, tienen que desarrollar todas sus posibilidades, tienen que agotarse para dar nacimiento no a lo que las niega sino a lo que las presupone y las supera.

Quien crea que los problemas de la educación, de la libertad y de la democracia, quien crea que el problema de nuestra cultura está superado y caduco, ése sí que desconoce de la cumbre al fondo los problemas de nuestra realidad, por más realista que se apellide. Dejémoslo con ese calificante, porque si analizáramos mucho podría ser que llegásemos a una expresión menos académica, podría ser que le encontrásemos el chiripá.

SEBASTIAN SOLER

ESCORZO DEL “DOCTOR MONTONERO”

La historicidad de Sarmiento, su connaturalidad con todos los demás elementos del juego y del drama de la vida en su época, llega hasta la nuestra por testimonios cómodos, abundantes y macizos. El más importante de estos testimonios es personal y directo; está contenido en su cuantiosa obra literaria. Ya se ha hecho notar que esta obra es siempre, directa o indirectamente, autobiográfica; no sería muy exagerado afirmar que en ella el autor lo que mejor logró fué “decirse”. No se trata aquí de esa consecuencia del modo personal, de esa unidad formal del estilo —si al principio fina industria del gusto innato y voluntad constructiva, al último en general penosa esclerosis retórica— por la que es posible identificar al fin al “hombre” a través de sus diversas obras; sino de una condición mucho más precisa e intrínseca, por la que, en su caso, podemos ver que la obra se presenta antes que como un “producto de arte”, o sea como una construcción formal objetiva, tan fiel a la concepción o a los motivos de la inspiración personal como a las leyes de su propia estructura, como “una conducta” personal del autor, o sea un acto no desincorporado, que no acaba nunca de zafarse de intenciones reales y de fines pragmáticos. Las nociones meramente tangenciales que él tenía del arte y de la filosofía, conducen a suponer que él quería que así fuera; pero en realidad, queriéndolo, sólo alcanzaba a mostrar conformidad fortuita con el resultado, pues jamás demostró

sentir la alternativa entre una y otra forma de expresión, y las mejores de sus páginas se demoran a menudo en vagas añoranzas “artísticas”. Su vida eminentemente pública, y la relación inmediata en que se muestra con ella su obra, tientan a definirlo como ante todo un escritor político. Pero su inquebrantable ortodoxia moral, primero; la dirección primordialmente ética de su pensamiento; la ausencia, si bien se mira, de un verdadero espíritu de militancia en su “conducta”; cierta permanente economía de superávit lírico de su verbo, por último, probarían fácilmente que, como escritor político, resulta siempre más escritor que político. La constante intención pragmática inmediata; la visible preferencia del dato en el argumento, el ánimo sistemático, el frecuente desorden en el despliegue de las ideas, y cierto final descuido o indiferencia de la forma que no desdeña el oportuno chasquido oratorio, demostrarían a su vez, por el contrario, fácilmente, que como escritor político fué también a menudo más político que escritor. Ninguna de sus insuficiencias deja de incluir una suficiencia correlativa; en todo caso su tamaño se mide por sus propias magnitudes, y si por momentos parece notarse que alguno de sus lados se achica es siempre porque el otro se ha agrandado.

Habiéndole preguntado alguien una vez en qué universidad había ganado el título de Doctor que le suponía el trato general, dícese que él había respondido: “En ninguna; yo soy Doctor montonero”. Tampoco hubiese desdeñado apodarse, en plano más general, pensador montonero; y en esta condición asume la jerarquía típica del espíritu argentino, en el cual su gigantesca figura espiritual se hermana con todas las demás figuras “reales” que ocuparon un sitio en la historia de su tiempo, sin desmedro recíproco, y se hace orgánicamente comprensible para la posteridad. Frente al hecho de la montonera política, y de las circunstancias materiales que ella suponía, se irguió como un pensador; reivindicó los derechos de principio del pensamiento, la dignidad del espíritu —su libertad—, contra el hecho político triunfante; pero frente a altas expresiones de la cultura, a los problemas del arte y de la filosofía, se complugo en adoptar, en general, una cerrada actitud de mon-

tonero. ¿No llegó a pretender que antes de 20 años “los libros” perdían ya razón y necesidad? “No conoció sujeción de ningún género”, dijo él para caracterizar la espléndida cerrilidad que admite en Facundo; la historia del espíritu argentino podría caracterizarlo a él hoy con las mismas palabras en el orden espiritual. En cierto modo, porque su pensamiento no sabe escapar a la órbita de sus pasiones y en toda su obra jamás deja ésta de ser un arma de combate; porque siempre tiene forma de ataque o de defensa concreta y circunscripta y nunca abandona el servicio de su causa, cabe decir con mucha justeza que sólo supo pensar en acto. Nadie podría discutir históricamente que el fenómeno social de la montonera no fué otra cosa, en un momento en que faltaba a la vida nacional orden, estructura, “constitución”, que política en acto, que el producirse de una política que buscaba su teoría y su forma. El fin de todo el pensamiento sarmienteano se supedita en definitiva a la obra práctica, aspira a realizarse. “Denme patria donde me sea dado obrar, y les prometo convertir en hechos cada sílaba”, clamaba él mismo. Esta confesión es una formidable piedra de toque para la definición de su genio “montonero”. Él sabía muy bien que sin obra que lo refrendase su pensamiento era demasiado simplista y esquemático para sostenerse y triunfar por sí mismo, y presentía, no sin motivo, que la obra refrendatoria no podía ser confiada a otras manos. Su voluntad, su brazo, su pecho, eran el último argumento de su razón y su verdad. Sabida la técnica intrínseca del pensamiento que es crear formas que se basten por sí y en esta autonomía reivindiquen su permanente inmunidad ante las contingencias de la vida, no es absurdo decir que él es el pensador que sale de sí mismo a buscarse. El pensador activo; el pensador en acto. El estudio profundo de sus libros, hechos todos de ensayos y crónicas, revela que en efecto, muy a menudo, más que ideas claras *tuvo fe en “las ideas”*, y la voluntad tenaz de verlas realizadas. “Mal creería un hombre que no deseara que todos creyesen como él”, confesaba su dogmatismo de la idea; pero él no sólo “deseó” que se creyera en sus creencias, estaba dispuesto a “luchar”, a hacer la guerra para imponerlas; en realidad, en su vida de hombre público no cometió

más error que el de haber practicado ese dogmatismo. *On ne tue point les idées*, baladronaba su escudo de hombre de lucha; él, y su generación, y la siguiente, tendían a representarse la realidad agitada de la época bajo la forma de un combate singular entre “las ideas” y “las fuerzas naturales” del país; pero mientras veía personificadas estas fuerzas naturales en los grandes y pequeños déspotas de aquella hora, no siempre estaba dispuesto a conceder que hubiese más “ideas” que las que él, si se quiere, personificaba. De haber sido posible plantear la cuestión en términos de una antinomia tan elemental, no podríamos explicarnos por qué todo su pensamiento es polémico, ni saber a quién se dirige en definitiva su ardiente apelación, ni por qué al fin, cuando podía creerse, según las apariencias, que el partido de las ideas era el que había triunfado, el orden de la realidad sigue dictando las leyes. . . *On ne tue point les idées* fué la jactancia de la testarudez iluminada, que afirmaba por un lado la suprema indemnidad de la idea mientras por otro se entregaba a la implacable matanza de las ideas, acaso de las más hondas, de las que venían del fondo dialéctico de la historia nacional. Es, me parece, en este punto, donde se descubre la verdadera y colosal magnitud de su figura histórica. Partiendo de un concepto particular de la realidad cuyos elementos discernía claramente pero cuyo sentido histórico desconoció o no quiso admitir, concibió la empresa heroica de procurar una nueva configuración de la historia nacional por “la idea”. ¿Cómo había de acometerse semejante empresa? Padebió el error de tomar el momento de la fiebre política nacional de “la anarquía”, y el lógico contragolpe del espasmo despótico, por expresiones permanentes de una esencial ineptitud nacional para una autoestructuración social y política; e imaginó que el único remedio posible de este supuesto mal vendría de una instauración de ciertas formas importadas, y de la introducción de fermentos de destrucción de las mismas bases étnicas, reales y espirituales de la historia nacional, sin reparar que por esta vía se podía condenar al país a mantenerse por mucho tiempo en un estado de “enajenación”, en una colonidad acaso menos honorable que la de que había soñado salvarse al empezar el siglo.

Genialmente dotado para las letras, tiénese por momentos la impresión de que su pensamiento, si se pierde, es tan sólo por la incontinencia y el apuro; de que, con un poco más de disciplina mental y un espíritu más riguroso, hubiese podido legarnos alguna obra inmensa, que perdurase por motivos menos temporales que los que vienen haciendo hasta hoy la inmortalidad de las suyas. Más de una de sus páginas dan en esa calidad, y no parece que el polvo y la luz de los años puedan marchitarlas fácilmente.

En época en que, en general, cuando no había que escribir literalmente “sobre el tambor”, se practicaba el discurso todavía de recorte escolástico, la genial abundancia de su obra, la caudalosa efusión de su verbo, copan el sufragio intelectual de la época y tientan a concederle una hegemonía espiritual absoluta, mostrándolo durante mucho tiempo como una especie de árbol solitario del pensamiento que preside el desierto agropecuario del país, árbol sagrado en cuya fe comulga la inmensa dispersión del paisaje, y a cuya sombra fuerte se ve crecer apenas una pequeña vegetación noble y desparramada. Cincuenta años después, la lenta destilación, el justiciero triaje de la historia, revelan que el panorama era más profundo e incluía elementos para un equilibrio de más alta y delicada tensión. El descubrir ahora que no estaba sólo en su época, o mejor dicho que el país, en su época, no constaba sólo de él y de su ausencia; el descubrir junto a él, frente a él, contra él, valores que se van concretando y agrandando en la perspectiva de la historia a medida que se asienta la polvareda levantada al paso de su carro de guerra, no es necesariamente su perjuicio; demuestran la verdadera dimensión histórica del país, y sólo hacen que el grandor de su figura aparezca menos hecha de no tener con quién ser comparada que de una más honrosa prueba de un contraste de fuerzas en juego creador. Bastaría —es inevitable— citar aquí a Alberdi. La noticia de la célebre polémica epistolar predispone a representarse a ambos próceres en una posición de antagonismo titánico por las ideas, en que la alternativa era de vida o muerte para cada adversario. Pero los que se han acercado a las obras menos ocasionales de uno y otro, saben que tal antagonismo

si no fué sólo aparente, si no fué sólo pasional, no pasó del detalle; las vetas corrían algo más que paralelas, en sentidos de confluencia muy próxima o frecuente. Hombre siempre de cauce, Alberdi —por su formación espiritual, por su concepción científica de los estudios sociológicos e históricos, por su propio temperamento —, y hombre siempre Sarmiento extravasado y salido de “madre”, no es extraño observar que a veces el exceso lleva a éste a unirse con aquél donde quisiera precisamente estar distante, y a separarlo donde tendrían que encontrarse sin inconveniente. La polémica resultó en sí estéril; su mayor valor fué siempre psicológico y literario. La historia y la crítica intelectual se encargan sin embargo de adecuarle decisiones más o menos fortuitas. Para la crítica intelectual Alberdi parece haber tenido mejores razones, y poder acreditarse en definitiva la victoria “moral” al menos. Pero la historia, dando a Sarmiento lo que él pedía, “patria donde le fuera dado obrar”, y al mismo tiempo todos los instrumentos para la obra, le otorgó en definitiva, y aunque sólo fuera por un momento, el triunfo de hecho. Tiendo a sospechar que si este éxito final le hubiera inasistido, el juicio profano e ingenuo de la posteridad, es decir, el fervor y la memoria del pueblo, se lo hubiese consagrado bajo las mismas formas míticas con que invariablemente rescata lo suyo de la eterna derrota a que está destinado. No es que yo candorosamente piense, por ejemplo, en una apoteosis espontánea de la gratitud del “soberano” conmovido ante el recuerdo del que postuló como primero el deber de “educarlo”; pienso en que Sarmiento estaba colocado en la línea en que se vierte el misticismo ingenuo del pueblo; nadie como él, en su obra, en su gesto constante, encarnaba —y no a pesar suyo— el tipo de las pasiones, de los gustos y de los sentimientos populares más auténticos de toda nuestra historia; sólo que le sobraron victorias reales, le sobraron encumbramientos oficiales, para no terminar cayendo fuera de la fe creadora colectiva. Con un poco menos de fortuna en su vida pública, hoy sería el Prometeo ciudadano en el olimpo de la esperanza popular argentina.

Por más que pudiera demostrarse que muchos otros escribieron en el país antes que él, yo creo que él es, cronológicamente, desde un punto

de vista esencial, el primer escritor argentino. Quiero decir: el escritor en que se rompe una vieja tradición y se consagra —si no se inaugura— la línea de una tradición nueva. Es el primer escritor que se determina como tal por motivos inherentes al estado de autonomía nacional que se estaba entonces conformando en lo político, y alcanza a promover a la jerarquía del arte el lenguaje diferencial del alma colectiva rebelada. A través de su tan recomendado casticismo, ¿quién no percibe la indómita voluntad, a veces guaranga (¡montonera!) de rescatarse ante todo por la libertad personal?

Próximas a cumplir los cien años sus mejores páginas, sorprende la frescura del aliento que las infunde, y es virtud simple y mágica del “arte” en que a pesar suyo acaso están remontadas, ya que su fondo de inspiración y su asunto mismo —descripciones evocaciones, confesiones— nunca son precisamente originales. Sorprende la perfecta “potabilidad” de su prosa, para el paladar actual, cuando tanta otra de su tiempo y aun posterior yace ya irreparablemente vitrificada. La crítica no ha estudiado todavía como es debido el estilo de Sarmiento. Lo más que se ha hecho es negar que lo tuviera, subrayar los habituales exabruptos verbales, la frecuente desmaña del giro prosódico, etcétera. Falta caracterizar “lo demás”, que se vuelve en él lo principal. Es por ese resto imprecisado todavía por donde su prosa resulta perfectamente adaptable a nuestras vocalizaciones contemporáneas. Si hay un idioma argentino, que no puede ser otro que el español... que nosotros hablamos, en su obra tuvo, creo yo, su primera realidad literaria en prosa. De mismo modo juzgo que podría decirse que en verso tuvo su primera realidad en el *Martín Fierro*.

BERNARDO CANAL FEIJÓO

NOTAS

EL TESTIMONIO DE BERNANOS Y LA RESPONSABILIDAD DEL CRISTIANISMO

Georges Bernanos pasó apenas una semana en Buenos Aires. Tan pocos días bastaron al extraordinario peregrino para agitar intensamente la opinión. Bernanos, que iba de viaje al Paraguay con su familia, no creyó que repararían en él; la acogida argentina le ha sorprendido y conmovido sin duda alguna. Verdad es que no todo era puro en la curiosidad que despertó su visita: en pocas horas las anécdotas de personas que se las echaban de "informadas" y las crónicas de periodistas ignorantes o tendenciosos le habían improvisado una leyenda.

Algunos, con todo, comprendieron que un hombre totalmente fiel a sí mismo y a su fe, y una conciencia indomable, de lealtad impetuosa, constituye hoy un caso tan raro que no precisa leyenda. Por eso le escucharon con simpatía profunda, con atención ávida y grave. No obstante, las declaraciones que durante esos días Bernanos hizo sin cesar a la prensa, o en conversación privada, o en el grupo de SUR, provocaron cantidad de confusiones. Se dijo que había tratado de justificarse continuamente. Es absurdo. Bernanos no presentó justificaciones ni explicaciones: trajo afirmaciones. No practica en absoluto el arte de persuadir que consiste en colocarse en el terreno del oyente o del lector para arrastrarlo poco a poco a su propio terreno. Es un testigo que se ha comprometido a decir la verdad, y la dice. Cada una de sus afirmaciones es el fruto de toda su experiencia de hombre y de católico. Luego, no sólo es preciso asirlas en su superficie verbal aparente sino también en su densidad y en su hondura de conciencia. Las declaraciones que formuló el 15 de agosto a SUR se publicarán en breve, y cada cual podrá entonces meditar despacio sobre ellas. La presente nota intenta servirles de introducción.

“Yo no soy un teólogo”, dice Bernanos. Lo cual antes le agrega que le quita autoridad. La teología elabora la verdad cristiana, no la crea. La verdad cristiana es anterior a la teología, que vale sólo en cuanto está conforme con ella. El cristianismo es ante todo laico y en segundo lugar teólogo. La noción de laicismo, cuyo contenido era tan claro en la Iglesia primitiva y hasta en la Edad Media, es cabalmente uno de los valores, observa Bernanos, que la Iglesia dejó que salieran de ella y se volvieran contra ella. Hoy existe un espíritu laico exterior y hostil a la Iglesia. Pero dentro de la Iglesia debe existir un espíritu laico, profesión de fe sencilla y directa, que por su solidez y su ingenuidad misma impida que el espíritu teológico se pierda en sutilezas demasiado intelectualizadas.

Sea cual fuere, en efecto, la doctrina teológica admitida sobre su esencia sobrenatural, la Iglesia es también una sociedad de hombres. Como toda sociedad participa de la naturaleza humana, tiene cierta fuerza de gravedad que la arrastra por la pendiente de las flaquezas y de la facilidad perezosa. La historia nos la muestra obligada a vivir en un medio no cristiano, empeñada continuamente en mil conflictos y dificultades que debe resolver salvando sus afirmaciones esenciales y permaneciendo fiel a su destino sobrenatural. Péguy había contrastado hondamente la mística y la política del proceso Dreyfus. Todo esfuerzo emprendido por el hombre para asegurar el triunfo de un ideal ofrece ese doble aspecto. Y la vida de la Iglesia es también la resultante de dos fuerzas divergentes: la vocación mística sobrenatural y la necesidad política humana.

El desarrollo místico del cristianismo reviste dos expresiones que se completan estrechamente y entre las cuales ha existido muchas veces enlace íntimo. Cada vez que la verdad cristiana tiende a oscurecerse en las conciencias vemos surgir hombres que recuerdan sus afirmaciones fundamentales y que exigen el retorno a su forma auténtica: tal es el sentido exacto, tan olvidado hoy, de la palabra “reforma”. La Iglesia, pues, está llamada a “reformarse” sin cesar, o sea a redescubrir continuamente su fidelidad al Evangelio de Cristo. Pero cada momento de la historia propone a los cristianos problemas nuevos: las condiciones de la vida social se transforman y la Iglesia se encuentra frente a fuerzas imprevistas que amenazan crecer fuera de ella. Aparecen entonces los hombres que hallan en la verdad de Cristo la solución del problema y que integran las fuerzas nuevas cristianizándolas.

La actividad política de la Iglesia es una traducción humana (y muchas veces una traición) del doble esfuerzo místico. Por una parte, las instituciones

eclesiásticas confunden el espíritu de reforma y el espíritu de conservación, y se encierran en una rutina perezosa. Por otra parte, la ausencia de fe viva induce a los cristianos, no a integrar las fuerzas nuevas, sino a someterse, adaptándose a ellas mediante concesiones tenidas por hábiles. A veces, semejante política quizá sea necesaria y benéfica. Pero importa mantenerle su carácter de táctica humana, de oportunismo inevitable, y no admitir jamás que se presente como expresión del espíritu de Cristo.

Si se estudia la vida de los grandes santos de la Edad Media — San Benito, San Bernardo, San Francisco de Asís —, si se examina la obra de los franciscanos y dominicos, siempre se presentarán unidos el espíritu de reforma y el de integración que he procurado caracterizar, y se verá que este espíritu ha renovado la cristiandad todas las veces que la política de rutina o de concesión amenazaba extraviarla.

La jerarquía vertical del feudalismo no era sólo extraña al Evangelio: rompía la unidad cristiana y constituía una fuerza hostil a la Iglesia. El clero mismo corría el riesgo de confundirse con los señores feudales y la relación entre clérigos y laicos tendía a parecerse peligrosamente a las relaciones entre soberanos y vasallos. La reforma de las órdenes religiosas y la integración del feudalismo en la caballería permitieron salvar la Iglesia, cristianizar fuerzas que permanecían ajenas a ella y que se convirtieron así en virtudes fecundas. Idénticas observaciones pueden hacerse respecto al desarrollo del espíritu de asociación horizontal a fines de la Edad Media: comunidades, corporaciones y cofradías integraron al cristianismo necesidades sociales nuevas que, de desarrollarse fuera de la Iglesia, habrían llegado a un comunismo anárquico.

La crisis iniciada en el Renacimiento y todavía sin resolver (cinco siglos son un período muy corto en la historia del hombre) nos ofrece un espectáculo diferente.

La sociedad occidental no podía continuar satisfecha con las formas medievales de la cristiandad: las virtudes ascéticas que espiritualizaban magníficamente a una minoría, bajo cuya dirección las masas se esforzaban mal que bien por la salvación de su alma, ya no eran suficientes. El poderoso despertar del espíritu de invención abría a la humanidad perspectivas inmensas, otorgaba al hombre nueva dignidad y lo convertía en colaborador de Dios. El misticismo

medieval sólo había desarrollado una parte del espíritu evangélico, al que no eran necesariamente contrarias las exigencias modernas. Si los cristianos hubieran tenido entonces bastante fe, esperanza y caridad la crisis se habría evitado, pero la capacidad de reforma y de integración de la Iglesia se vió desbordada. La reforma se efectuó entonces fuera de ella, las virtudes nuevas alejaron al hombre del cristianismo. Bergson lo ha dicho admirablemente en *Las dos fuentes de la moral y de la religión*: “La Reforma, el Renacimiento y los primeros síntomas o pródromos del empuje inventivo son de la misma época. No es difícil que sean tres reacciones emparentadas entre sí contra la forma que había tomado hasta entonces el ideal cristiano. Este no dejaba de subsistir, pero aparecía como un astro que hubiera presentado siempre la misma faz a la humanidad: comenzábase a vislumbrar la otra, sin advertir siempre que se trataba del mismo astro”.

Así, el espíritu cristiano subsistió, pero la cristiandad quedó destruída y la humanidad hubo de proseguir su camino fuera de ella. El triunfo de las nacionalidades y el establecimiento de la democracia marcan sus principales etapas. Las virtudes patrióticas y el ideal democrático no son absolutamente contrarios al cristianismo; si su advenimiento suscitó tantos conflictos con la Iglesia, y si por ciertos aspectos el nacionalismo y la democracia en sus formas actuales son “errores”, la culpa la tienen los cristianos mismos que no supieron reformarse ni integrar los valores nuevos. “Siempre que las cosas van mal en el mundo — dice Bernanos — los cristianos tienen la culpa”.

No hay cristiano, cualquiera que sea la confesión a que pertenezca, que no crea en el restablecimiento de la unidad de la Iglesia y en el triunfo final de Cristo. Pero el cristiano no tiene derecho a confundir tal restauración de la Iglesia con no sé qué reacción autoritaria que haría obligatorios los sacramentos y la fe. La humanidad occidental, que fué la antigua cristiandad, está hoy atrozmente despedazada. Las virtudes que sólo en la unidad de Cristo hallan su plenitud y su verdad, están divididas y se enfrentan exacerbadas. Los países democráticos defienden celosamente la libertad y la justicia, conquistas reales del hombre cuya destrucción es inadmisibile. Los países totalitarios (Rusia, Italia, Alemania) ofrecen admirables ejemplos de disciplina y sacrificio. Dos concepciones del honor humano se oponen locamente. El cristiano debe comprender que todo ello es culpa suya. Su responsabilidad es terrible y si quiere responder

a su vocación no debe aceptar una solución de pereza y de facilidad; porque la violencia, como ha dicho Bernanos (y muchos otros con él) no es la fuerza, sino exactamente lo contrario.

El cristianismo sabe que la única libertad verdadera está en Cristo: hoy, pues, debe salvar al mundo cristianizando la libertad. También debe cristianizar el honor nacional y la justicia social. No es cuestión de fuerza militar o revolucionaria; es cuestión de fe que, como sabemos, es lo único que mueve las montañas. Hoy una política de concesión no podría hacer otra cosa que traicionar a la Iglesia. En tiempos de León XIII, la Iglesia abordó con lamentable retardo la cuestión obrera y las reivindicaciones democráticas. Cuando ya hacía mucho tiempo que el socialismo había definido el problema y había propuesto soluciones incompletas, las encíclicas trajeron al fin directivas cristianas. Pero casi todos los cristianos sólo vieron en ellas una hábil política de concesiones que había de mantener la injusticia resignándose a sacrificar lo menos para conservar lo más. El equívoco ha durado bastante.

Y aquí se plantea el problema español en sus relaciones con la responsabilidad del cristiano. No es el caso de saber si los españoles tienen razón o no en pelear entre sí. El problema, por doloroso que sea, es un problema español y los españoles son los únicos que pueden resolverlo. Se trata de algo distinto. Bernanos y tantos católicos franceses lo discuten porque toman otro punto de vista. Es que existe hoy para el cristiano un peligro extraordinariamente grave que se podría llamar la "tentación española".

Algunos, en efecto, pretenden presentar España como ejemplo a la Iglesia, pero ningún verdadero cristiano puede aceptar tal cosa, y los católicos franceses menos que nadie. Porque el catolicismo está haciendo en Francia un maravilloso experimento, y si hay un ejemplo que proponer a la Iglesia es el francés. Los católicos franceses comprenden que si el mundo deja de ser cristiano no es porque el humanismo del Renacimiento, el liberalismo del siglo XVIII, los principios de la Revolución francesa o las místicas socialistas sean invenciones diabólicas, sino porque los cristianos no han sabido reconocer la otra faz del astro que dice Bergson y no han tenido bastante fe para asegurar la dignidad de la persona humana y responder a los que tienen hambre y sed de justicia.

La Iglesia católica francesa, separada del Estado por una saludable operación (algún día los católicos deberán dar las gracias al *petit père Combes* y a los anti-

clericales de comienzos de siglo), reducida a sí misma, ha hecho examen de conciencia y ha vuelto a hallar el poder de reforma y de integración que parecía perdido. Hoy se prosigue en Francia un renacimiento religioso de admirable hondura, que comienza a difundirse en el mundo cristiano. Las masas populares, los obreros que el clericalismo político había creído conquistar hábilmente, comienzan a redescubrir la verdadera comunión del Evangelio. ¿Habrá que poner en peligro tan magnífico despertar? ¿Habrá que renunciar a este renacimiento libre para establecer a cañonazos una caricatura de restauración religiosa? Bernanos, Mauriac, Maritain, todos los católicos franceses que tienen plena conciencia de su responsabilidad, dicen: No.

Tal es el testimonio de Bernanos. No se diga que al hablar usurpa una autoridad que no le corresponde. La autoridad, como sabemos, viene de arriba. Pero cuando un cristiano habla porque sabe que no tiene derecho de callar, porque debe exponer a los hombres un caso de conciencia que interesa a toda la Iglesia, habla con legítima autoridad, aunque no esté revestido de ninguna dignidad eclesiástica.

Como soldado caballeresco y católico, Bernanos no espera que nadie le dé lecciones de honor ni de sinceridad (*). Al contrario: nos da una lección de valor. El cristiano nunca debe tener miedo. La Iglesia no puede ser el abrigo tras del cual se refugia el creyente tímido, recurriendo en caso necesario a las ametralladoras y a los aviones de bombardeo para afianzar más su seguridad temporal que, por un sofisma miserable, confunde con la salvación de su fe. A los que pretenden que el grito de alarma de Bernanos es inoportuno y que no siempre es bueno decir la verdad, les recordaremos el Evangelio: “No se enciende una luz para ponerla debajo de un celemín, sino sobre un candelero a fin de que alumbre a todos los de la casa”. (San Mateo, V, 15).

ROBERT WEIBEL-RICHARD

(*) Georges Bernanos es monárquico, lo que no significa que pertenezca a un partido político de reacción. Bernanos es monárquico exactamente como Péguy era republicano. Sus convicciones monárquicas son sencillamente acto de fidelidad a las virtudes francesas sin ninguna “concesión hábil” a las circunstancias momentáneas. Es lo que Péguy llamaba el antiguo empuje corneliano y cristiano, y que expresaba con el verso de *Polyeucte*:

Je rendrai mon sang pur, comme je l'ai reçu.

UN MINISTRO NACIONALISTA INSULTA A MARITAIN (*)

Aquel de sus juicios en que Massis maltrataba a Barrès quedará como un exponente, en el terreno literario, del espíritu maurrasiano que lo inspira. La violencia inaudita del ataque presupone que si Barrès no abraza el catolicismo es por contumacia, a sabiendas de que rechaza la verdad. Lo contrario de una buena voluntad en léxico kantiano. La injusticia era tan flagrante que el abate Brémond, puesto a optar entre el crítico y su víctima, declaró que el cristiano era Barrès y que el otro nada entendía del Evangelio. Los escritos de Massis tienen un interés actual porque son muestrario de lo que piensan los discípulos católicos de Maurras, que es “como el padre espiritual de los movimientos totalitarios”, según dice Thibaudet con justeza. Retorno al absolutismo, exclusión de los judíos y protestantes, recuperación de la unidad perdida, aunque sea por el fuego y por la sangre. Ya sabemos que el *politique d'abord*, su paganismo ostentoso, su famosa frase sobre “el judío Jesús”, le valieron a Maurras la condenación de Roma.

¿Cuál ha sido la connivencia exacta de Maritain con esta escuela? Hay algunos imponderables, como el haber provisto de tomismo al movimiento y el tono ligeramente inamistoso de sus primeros libros; hay de positivo cierta *Opinión sobre Charles Maurras y el deber de los católicos*, opúsculo hoy perdido. La verdad es que Maritain, absorto en la filosofía especulativa y en la contemplación de las esencias, no había enfocado la realidad concreta. Estaba distraído de ella y dejaba que en lo político, en lo social-temporal, otros pensarán por él.

Thibaudet, que pudo no conocer al Maritain de la segunda manera, lo ha citado con cierto simplismo, pero sin mentir, como un ejemplo del “estilo de la reacción”. Lo inexplicable es que muchos otros, a quienes la muerte no cerrara los ojos, y, fuera de Francia, casi todos los otros, hayan ignorado el viraje del maestro. La *Carta sobre la Independencia* y el prólogo sobre *La Guerra Santa* les ha venido de sopetón, como rayo en la bonanza.

Primacía de lo Espiritual es de 1927; hace diez años, pues, que Maritain trabaja en su filosofía moral. El título de aquel libro patético era como un programa de la obra futura. Para quienes lo han seguido paso a paso en su tarea de planear una nueva cristiandad, sus juicios sobre ciertas manifestaciones

(*) Véase en Calendario (pág. 88): *Los Católicos Franceses y las Matanzas de España*.

arcaicas del odio y la violencia no podían sorprender; lo que hubiera sorprendido y desilusionado hubiera sido su silencio.

Recuérdese, sino, lo que Maritain nos enseñaba. La Edad Moderna, edad refleja orientada hacia el hombre y vuelta de espaldas a Dios, es inferior, por su objeto especificador, a la Edad Media que se olvidaba del hombre para mirar al cielo. Pero al tornarse hacia el hombre, la Edad Moderna ha escudriñado en las cosas de la criatura, y este conocimiento de lo humano es un enriquecimiento incontestable. “Esta Edad ha buscado la rehabilitación del hombre y — aunque la haya buscado por malos caminos — debemos reconocer y salvar la verdad cautiva que ahí se esconde”. Como Dios gobierna la historia y quiere que su obra se prosiga, es preciso que el trabajo se haga, y cuando no lo hacen los que poseen la verdad porque duermen junto a su tesoro, lo hacen los otros y lo hacen por caminos errados. En una nota de *Religión y Cultura* Maritain nos habla del “teatro del mundo”. El drama del mundo debe representarse hasta el fin y, por una confusión de los papeles, los roles de justicia son a veces representados por las máscaras de la iniquidad. Glosando por mi cuenta, pienso que Voltaire nos ha enseñado la tolerancia y el socialismo nos ha mostrado que la condición del proletario es peor que la esclavitud.

Si la Iglesia no está comprometida con ninguna cultura, el catolicismo no se identifica tampoco con el mundo católico. “El Catolicismo no es un partido religioso: es la religión, la única religión verdadera, y se alegra sin envidia de todo bien, aunque ocurra fuera de sus fronteras”, pues todo bien, toda verdad pertenecen a Cristo. La expansión del reino de Dios no tiene nada que ver con las victorias y conquistas temporales. Ya en 1930 Maritain escribía, mirando hacia la historia, que el empleo de la fuerza al servicio de la religión no ha hecho progresar ni un palmo al reino de Dios. Como se ve, estamos lejos del estilo de la reacción y de la escuela maurrasiana, aferrada a un pasado moribundo.

No es dudoso que todo esto haya sido apreciado en Francia más que en otras partes. Maritain es profeta en su tierra (*). El pueblo francés, más que ningún otro pueblo, tiene el respeto de la persona, el sentido de lo humano, el amor de la libertad. En un cuento de Andersen es un chicuelo el que osa decir que el rey anda desnudo en su traje fabuloso, y Fumet presume, con gracia, que el chicuelo era francés. Esta lucidez es la que preserva a ese pueblo de

(*) Yo he visto la multitud, en París, forzar las puertas de un teatro céntrico para oírlo.

comulgar con ruedas de molino y dejarse embaucar por los mitos, llámense éstos la clase, o la raza, o la nación. En la época de lo colectivo y del rebaño, es Francia la que ha redescubierto el valor de la persona humana.

RAFAEL PIVIDAL

Documentos

Buenos Aires, 7 de julio de 1938

Señora Directora de SUR,
D^a Victoria Ocampo.

Muy estimada señora:

Hubiera deseado ser presentado a usted por algún amigo común. Pero creo que no debo demorar más en expresarle la situación en que nos encontramos algunos católicos argentinos: los católicos que no creemos que nacionalismo y catolicismo sean palabras sinónimas y que la guerra civil española sea una guerra santa, que inicia ya sobre la tierra el reino de Cristo.

Lamento estar en completa ignorancia sobre sus creencias religiosas. Pero he visto que ha acogido usted a Maritain, que ha publicado a Pividal, que está haciendo traducir ahora a Mounier. He leído el artículo intitulado "Posición de SUR", publicado en agosto de 1937, artículo que me indujo a suscribirme en seguida a SUR. Todo eso es más que suficiente para que me dirija a usted casi pidiéndole auxilio.

Después de terminar mis estudios en Buenos Aires he estado cuatro años en Europa y me he doctorado en Ingeniería en la Sorbona. Pero esto no hace al asunto que me preocupa. Más importante es que me haya doctorado en ciencias políticas, económicas y sociales en la Universidad Católica de París y no me sea posible encontrar, de regreso a mi patria, un solo grupo de personas católicas al cual dar mi adhesión, un solo órgano de expresión católico en el cual colaborar, o por lo menos un órgano católico en el cual pueda leer un juicio realmente católico sobre la situación social o política.

Acabo de leer, en el diario francés L'Aube, el discurso que el cardenal Gomá y Tomás pronunció en Budapest con motivo del Congreso Eucarístico. No he

podido contener mi indignación. Discursos como éste son divulgados u ocultados en la Argentina según lo exija la causa temporal del Gral. Franco. Y también se nos ocultan otros discursos, como los del Cardenal Verdier y los del mismo Cardenal Patriarca de Lisboa, que nos muestran al desnudo lo horroroso de la concepción "nacionalista" del catolicismo.

He escrito algunas páginas para poner unos discursos frente a los otros. No sé si usted juzgará conveniente su publicación. Al artículo, por otra parte, no le doy mayor importancia. Desearía sobre todo que algunos católicos que ya comenzamos a desanimarnos, y que tenemos una tendencia que para definirla brevemente diría que es la de Maritain, podamos volver a tomar fuerzas, conocernos un poco, agruparnos si es posible.

Usted sabrá seguramente, señora, qué es más conveniente hacer en esta circunstancia. Cualquiera sea su opinión deseo aprovechar este momento para expresarle mi gratitud espiritual por lo que ya ha hecho usted por un catolicismo no esclavizado a lo temporal.

Le ruego acepte la expresión de toda mi estima

AUGUSTO JOSÉ DURELLI

LA UNIDAD ENTRE LOS CATÓLICOS

Acabo de leer el discurso pronunciado por el Cardenal Gomá y Tomás en Budapest, con motivo del Congreso Eucarístico.

Los que somos católicos no reconocemos alegremente las profundas diferencias de opinión que existen entre muchos de nosotros. Desearíamos una unión más completa. Esas diferencias sin embargo son una realidad. ¿Puede esperarse algo bueno del ocultamiento de la realidad? Por otra parte, ¿hasta qué punto esas diferencias son ilegítimas y constituyen un mal?

En ciertas cosas estamos los católicos profundamente divididos. Terriblemente divididos. ¿No es preferible hacer frente sin hipocresía a las discrepancias que nos separan, analizarlas y, sin aumentarlas ni disminuirlas, darles la importancia que realmente tienen? El equívoco no debe subsistir sobre nosotros. El equívoco es un comienzo de mentira. Pocas cosas ha aborrecido tanto Cristo como la falsedad.

Dentro de la Iglesia, y en un cierto dominio, han habido siempre diferencias, diferencias que son necesarias y que no hacen sino manifestar la diversidad, la complejidad y al mismo tiempo la libertad humanas. Esas diferencias, por otra parte y sobre todo, expresan el respeto escrupuloso de la Iglesia por la naturaleza humana. Una diferencia esencial entre la Iglesia católica y las varias "iglesias" temporales que han nacido en los últimos tiempos, tanto las nacionalistas como las comunistas, es que la Iglesia de Cristo (salvo en el dominio estrictamente dogmático) es pluralista, y los fascismos y comunismos son univocistas. La Iglesia tiende a realizar una unión armoniosa y matizada de los hombres. Los totalitarismos modernos tienden a la unión monocromática y monótona de los hombres.

"La Iglesia impone a sus fieles aquellas verdades dogmáticas y morales que Nuestro Señor Jesucristo, su fundador, le ha confiado en depósito. Fuera de ese dominio, la Iglesia deja a sus hijos una justa y sabia libertad."

"Un aforismo muy antiguo expresa exactamente esta doble actitud de la Iglesia: "In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus caritas". Cuando se trata de doctrinas discutidas o de actitudes que pueden ser legítimamente diversas, la Iglesia deja a cada uno la libertad de elegir. Pide finalmente que en todas las cosas sean respetadas las leyes de la verdadera caridad."

"De ahí que haya en la Iglesia escuelas diversas, instituciones múltiples, corrientes de pensamiento y acción muy variadas. Todos estos movimientos en conjunto proclaman el amor de una sabia libertad, y favorecen así el verdadero Progreso". (Comunicado del Cardenal Verdier del 29 de abril de 1937).

La unión que la Iglesia busca y que constituye el gran deseo varias veces expresado por el Papa, no es pues la unión temporal sobre asuntos en que la libertad es legítima, unión que haría a los hombres esclavos. La unión entre cristianos se sitúa sobre otro plano, superior al de las divisiones temporales: es la unión en la misma fe cristiana, recibida por el mismo bautismo; es la unión en el mismo pan eucarístico, en el sacrificio único de Cristo.

Era indispensable este análisis previo, antes de hablar del discurso del Cardenal Gomá.

Al leer discursos como el de este alto dignatario de la Iglesia, aun los que más profundamente vivimos el pluralismo católico, sentimos más fuerte que nunca la tentación de univocismo. Sentimos una cierta indignación, que sólo la reflexión y la caridad que nos pidiera Cristo pueden encauzar.

La Eucaristía era lo que reunía en Budapest a centenares de miles de hombres de todas partes del mundo. El 28 de mayo, a las once de la mañana, el cardenal Gomá y Tomás dijo:

“Es necesario que la guerra (civil española) termine. Pero sin compromiso, sin reconciliación. En caso contrario nos quedaríamos como antes. Hay que conducir las hostilidades hasta el fin y conseguir la victoria con la punta de la espada. Que los rojos se rindan, puesto que ya están vencidos. No puede haber otra pacificación que la de las armas. ...Tengo el placer de poder decirles que hasta ahora estamos en perfecto acuerdo con el gobierno nacionalista, el que por otra parte no da un paso sin consultarme y sin obedecerme. El representante del ministro de Justicia aquí presente puede dar testimonio”.

Hay muchos cristianos para quienes estas palabras constituyen la expresión elocuente de uno de los más horrorosos aspectos que es posible darle al cristianismo. Leyendo estas pocas palabras preñadas de ideas, nos parece a muchos cristianos comprender un poco mejor la terrible guerra actual.

Hay dos partes en el discurso del cardenal Gomá. La primera se refiere a la guerra civil española y pone seguramente en relieve, como deben hacerlo todos los actos cristianos, un aspecto de la caridad cristiana. En la segunda parte se manifiesta una determinada concepción de las relaciones entre el poder espiritual y el temporal.

Creo sinceramente que la concepción de la caridad cristiana que el cardenal Gomá aplica a la guerra civil española, no es la única que tiene derecho a llamarse cristiana. Creo que la concepción sobre la naturaleza del poder civil y sus relaciones con el poder espiritual, que el cardenal Gomá practica con el gobierno nacionalista de España, tampoco es la única que puede llamarse cristiana. Más aún: somos muchos los cristianos para quienes es terrible la tentación de calificar esas concepciones pura y simplemente de anticristianas. Pero esa no es nuestra misión. La Iglesia tiene su jerarquía. Ella supo decirle a un cardenal Innitzer lo que creyó conveniente; ella sabrá también si debe o no opinar sobre las concepciones del cardenal Gomá. Para nosotros, laicos, esas son palabras de un príncipe de la Iglesia, respetables como tales, y expresan, por lo tanto, una de las posibles y libres concepciones del cristianismo.

Pero no podríamos admitir en ninguna forma y desde ningún punto de vista que otros laicos pretendieran imponernos esas concepciones como las únicas

concepciones posibles, y la voz que las enuncia como la más autorizada voz dentro de la Iglesia.

Puede creerse que la caridad de Cristo, como homenaje a la Eucaristía, exige el exterminio del adversario y la victoria por la punta de la espada y la pacificación por las armas. Pero no es posible obligarnos a creer que en nuestras personas, para nosotros mismos, ésa debe ser la forma que Jesús nos diera de amar.

Una de las cosas que nos están más estrictamente prohibidas es el juzgar. ¿Cómo podría ser mi deseo, al escribir estas líneas, juzgar la intención de uno de los más altos dignatarios de la Iglesia? El cardenal Gomá puede ser un santo (y la santidad es el supremo valor para el cristianismo). ¿Pero cómo callar ante sus palabras? ¡Esas palabras, para millones de hombres, presentan un aspecto tal de la Iglesia que quizás los aleje para siempre del Redentor!

Es necesario decir que ésa no es toda la Iglesia.

¡Con pocas horas de diferencia el cardenal Pacelli se expresaba con bien diferentes acentos!

“La palabra del divino maestro en la última cena es como la carta constitucional de todos los suyos: “El signo por el cual todos os reconocerán como mis discípulos es el amor que tendréis los unos por los otros”. (Juan XIII, 35). Sin embargo, esta palabra que constituye una verdad fundamental de la doctrina social cristiana ha caído sobre la piedra y ha quedado estéril, en todos los tiempos, para muchos hombres, pero quizás nunca tanto como ahora...”

Y, en esos mismos momentos, el Santo Padre decía en su discurso: *“Pedimos insistentemente a Nuestro Redentor que mantenga y afirme las conciliaciones, que no faltan, por la esperanza que nosotros encontraremos de tiempos mejores”*.

El cardenal Verdier, en su ya universalmente famosa conferencia del teatro Ambassadeurs, expresaba su opinión sobre las revoluciones y sobre los movimientos sociales en la siguiente forma:

“Se diría que nuestra humanidad está condenada a un esfuerzo incesante para librarse de las cadenas que una parte de ella misma impone a la otra, y las Revoluciones no son en realidad sino una nueva emancipación de una clase sacrificada”.

Y en el mensaje de Navidad, que transmitiera por encargo personal del Papa, para responder a la mano tendida de los comunistas, pronunció las si-

güentes palabras, que no pueden tener en el corazón de un católico sino una resonancia bien distinta a las del cardenal Gomá:

“¡La caridad, la caridad! Esa es la gran necesidad de la hora presente. Se diría que los hombres ya no saben amarse. Ya no se oyen sobre la tierra sino palabras de odio y palabras de guerra: lucha de clases, guerra civil, guerra extranjera, persecuciones, matanzas”.

“Si Cristo volviera sobre la tierra, ¿no se inclinaría sobre todos estos infortunios? ¿Él, que ha dejado caer tantas palabras de afectuosa misericordia sobre las masas?”.

El cardenal Gomá cree seguramente que sus palabras y sus deseos son la mejor forma de amar en las circunstancias en que se encuentra actualmente el pueblo español. No podemos dudar que lo cree de buena fe. Pero tenemos el derecho, y estando íntimamente convencidos tenemos incluso la obligación moral, de decir que para nosotros el amor de Cristo se expresa en otra forma.

¿Cómo no comprender todo lo que han sufrido nuestros hermanos españoles? ¿Todo lo que han sufrido antes, durante y después de la revolución? Si a alguien se le pueden disculpar los excesos en la defensa y la falta de caridad ¿no es acaso a ellos?

Comprendemos, sí. Comprendemos porque amamos, porque queremos amar y comprender. Pero lo que no podemos es prestar nuestra adhesión, la adhesión de nuestra inteligencia y de nuestra alma, a una concepción del cristianismo que inflige un mal terrible a la causa de Cristo.

¿No hay una diferencia entre soportar la guerra como un mal, como una plaga, como un castigo divino, quizás, y el dejarse ganar el corazón por ella? El Santo Padre nos decía que su oración más ardiente estaba dirigida a Dios para pedirle confundiera a los pueblos que desean la guerra. Evidentemente toda guerra, al menos para la doctrina cristiana, no es siempre injusta en todos los casos y para todos. La guerra ítalo-abisina era injusta para Italia, pero justa para Etiopía. La guerra chino-japonesa es injusta por parte del Japón, pero es justa para China. Pero aun para los abisinios y para los chinos es injusto el apegar su corazón a la guerra. La guerra se soporta como un mal. El cristiano no va a ella con la sonrisa en los labios, ni con el odio en el corazón...

Hay cristianos que concebimos una Iglesia mártir; la podemos llegar a concebir madre de hijos que se pelean. Pero una Iglesia con una espada en

la mano, matando sin conciliación, y no buscando la paz sino por el exterminio que dan las armas: eso se nos hace muy difícil de concebir.

La primera parte del discurso del cardenal Gomá me parece trágica. Pero la segunda parte llega a revolver el abismo más recóndito del alma. Sin poder evitarlo, siento al leerla una especie de repugnancia espiritual.

“Tengo el placer de poder decirles que hasta ahora estamos en perfecto acuerdo con el gobierno nacionalista, el que por otra parte no da un paso sin consultarme y sin obedecerme. El representante del ministro de Justicia, aquí presente, puede dar testimonio”.

Estas palabras han sido pronunciadas después de haber propuesto el cardenal el envío de un telegrama de adhesión al general Franco. No hay una sola frase, una sola palabra, que exprese una reserva cualquiera: sobre el pasado, sobre el futuro, sobre la doctrina “totalitaria”, sobre la forma de conducir la guerra “total...” Si llegan a referirse a lo temporal mismo, ¿no constituyen estas palabras uno de los ejemplos más típicos del clericalismo?

¡El clericalismo! Otro príncipe de la Iglesia, con pocos días de intervalo, lo ha calificado literalmente de anticatólico...

El Cardenal Patriarca de Lisboa dijo en su mensaje de Navidad:

“La separación del dominio espiritual y del dominio temporal es otra fase de la civilización cristiana. Contra ella se rompe toda ambición totalitaria de dominar el cuerpo y el espíritu como un César pagano. La Iglesia condena igualmente el cesarismo y el clericalismo, tomando aquí clericalismo como sinónimo de gobierno eclesiástico de la sociedad temporal. La Iglesia misma enseña que el gobierno temporal de la sociedad no le pertenece. Un régimen sacerdotal de las cuestiones temporales es anticatólico. La falsa paz del mundo es a menudo la opresión tiránica de la verdad, de la justicia, de la conciencia y de la libertad. Es el desorden establecido por la fuerza, que maltrata la persona humana. Los regímenes totalitarios que absorben la persona humana tienden a establecer esta paz monstruosa”.

Y las palabras del cardenal Gomá no pueden separarse de mis oídos. “El gobierno nacionalista no da un paso sin consultarme y sin obedecerme”. No habría que preguntar: ¿También cuando se bombardean poblaciones civiles, bombardeos que por tres veces han provocado la intervención del Papa? ¿También cuando se envían cordiales y casi familiares pruebas de adhesión incondi-

cional a Hitler, cuya doctrina está condenada por el Papa? ¿También cuando se asesinó salvajemente a Carrasco Formiguera, católico militante, que nunca tomó las armas, fusilado fríamente trece meses después de preso, y que murió con el nombre de Jesús en los labios? ¿También cuando se destruyó a Guernica y se calumnió a las víctimas tachándolas de victimarios, pretendiendo transformar a los mártires en martirizadores? ¿También cuando se asesinó al pueblo vasco porque no se quiso rebelar, como dice Mauriac?

Admitiendo, como debe admitirse, la mejor buena fe y la ortodoxia y legitimidad de la actitud tomada, ¿no es evidente que a los ojos de muchos esto compromete terriblemente a la Iglesia?

No se trata aquí de estar por o contra Franco. El problema que me preocupa es otro.

El mismo día del Congreso Eucarístico el cardenal Gerlier decía: “*No olvidéis que la Iglesia nos prohíbe mezclarnos en política nacional o internacional*”. Sabio principio que aseguraría también la absoluta libertad de la Iglesia en el dominio espiritual.

Si se llega al gobierno sacerdotal de los negocios temporales, ¿podría extrañarnos que el general Franco, en su discurso del 19 de abril pronunciado en Zaragoza, hable de “la estupidez y la infamia de los vascos *herejes*”?

Si la autoridad eclesiástica no deja dar un paso sin su permiso a un general militar, ¿nada de extraño tiene que el militar se sienta suprema autoridad eclesiástica para declarar herejes a los que no piensan como él sobre el gobierno temporal!

¿No se está llegando ahora en España a la total confusión del campo de lo espiritual con el campo de lo temporal?

¡Sí! Hay entre los católicos grandes diferencias. Algunos pensamos como Verdier, como Liénart, como Gerlier y como el primado de Lisboa. Otros piensan más bien como Gomá o como Innitzer.

¡Sí! La Iglesia de Cristo tiene sus Innitzers y sus Gomás, así como tiene sus Verdiers y sus Liénarts. ¿No es ello la prueba más extraordinaria de la libertad que deja a sus hijos, del pluralismo magnífico con que sueña para la humanidad, y de su incuestionable divinidad?

Sobre todas estas diferencias hay algo que no debiera abandonarnos jamás: el Señor que en boca del discípulo bienamado puso como única y sublime defini-

ción de Dios: "Dios es amor" (Juan 4, 8). Allí donde se ama, allí está Dios. "Aquél que vive en el amor, vive en Dios y Dios en él" (Juan 4, 8-21). El Señor que ni siquiera la cruz dió como signo de reconocimiento a sus discípulos, sino el amor. El Señor que sabe que en su cuerpo místico hay muchos que no se llaman cristianos y que quizás muchos que se llaman cristianos no están en él.

Tal vez la más perfecta interpretación del cristianismo sea aquella que logre acercarse más al amor.

AUGUSTO JOSÉ DURELLI

Letras Hispanoamericanas

LA AMORTAJADA (*)

Yo sé que un día entre los días o más bien una tarde entre las tardes, María Luisa Bombal me confió el argumento de una novela que pensaba escribir: el velorio de una mujer sobrenaturalmente lúcida que en esa visitada noche final que precede al entierro, intuye de algún modo —desde la muerte— el sentido de la vida pretérita y vanamente sabe quien ha sido ella y quienes las mujeres y los hombres que poblaron su vida. Uno a uno se inclinan sobre el cajón, hasta el alba confusa, y ella increíblemente los reconoce, los recuerda y los justifica... Yo le dije que ese argumento era de ejecución imposible y que dos riesgos lo acechaban, igualmente mortales: uno, el oscurecimiento de los hechos humanos de la novela por el gran hecho sobrehumano de la muerta sensible y meditabunda; otro, el oscurecimiento de ese gran hecho por los hechos humanos. La zona mágica de la obra invalidaría la psicológica, o viceversa; en cualquier caso la obra adolecería de una parte inservible. Creo asimismo que comenté ese fallo condenatorio con una cita de H. G. Wells sobre lo conveniente de no torturar demasiado las historias maravillosas... María Luisa Bombal soportó con firmeza mis prohibiciones, alabó mi recto sentido y mi erudición y me dió unos meses después el manuscrito original de *La Amortajada*. Lo leí en una sola tarde y pude comprobar con

(*) Ediciones SUR, Buenos Aires, 1938.

admiración que en esas páginas estaban infaliblemente salvados los disyuntivos riesgos infalibles que yo preví. Tan bien salvados que el desprevenido lector no llega a sospechar que existieron.

En nuestras desganadas repúblicas (y en España) sigue privando el melancólico parecer de aquel vindicador de Góngora, que a principios del siglo XVII dijo que la poesía “consistía en el conceptuoso y levantado estilo” — o sea en el manejo maquinal de un repertorio de inversiones y de sinónimos. Infieles a esa tibia tradición, los libros de María Luisa Bombal son esencialmente poéticos. Ignoro si esa involuntaria virtud es obra de su sangre germánica o de su amorosa frecuentación de las literaturas de Francia y de Inglaterra: lo cierto es que en este libro no faltan sentencias memorables (“flores de hueso y esqueletos humanos, maravillosamente blancos e intactos, cuyas rodillas se encogían como otrora en el vientre de la madre”) ni tampoco páginas memorables (por ejemplo, el incendio furtivo del retrato; por ejemplo, el descubrimiento atroz del placer en una carne detestada) pero que vastamente las supera el conjunto del libro. Libro de triste magia, deliberadamente *suranée*, libro de oculta organización eficaz, libro que no olvidará nuestra América.

JORGE LUIS BORGES

CULTURA DE LA MUERTE

*Hoy la muerte está frente a mí
como la curación frente a un enfermo,
como el salir al aire libre después de
una enfermedad.*

*Hoy la muerte está frente a mí
tentadora como el deseo de la propia casa
Para quien haya estado preso mucho tiempo.*

(Del *Diálogo entre un cansado de la vida y su alma*, de un papiro egipcio de la Biblioteca Real de Berlín).

El último y hermoso libro de Xavier Villaurrutia, *Nostalgia de la muerte* (*) es, seguramente, uno de los signos de una conciencia mexicana que, por primera vez quizá, se atreve a expresar algunas de sus más profundas y excepcio-

(*) Ediciones SUR, Buenos Aires, 1938.

nales experiencias. Es a través de libros como éste que el mexicano se reconoce, al fin, no en lo más estéril y negativo, ni en lo puramente ornamental, sino en lo humano esencial. Este valor de excepción se explica por la misma historia interna del espíritu mexicano: sólo en aislados momentos lo específicamente nuestro ha adquirido la intensidad artística, humana, que hace viable lo universal, lo clásico. Y digo esto a pesar de que, como apunta Jorge Cuesta, la cultura mexicana, nacida en la hora ecuménica de España, es, por tradición, una cultura humanística, fugitiva siempre de cualquier "casticismo" o romanticismo: clásica. Pero este clasicismo ha sido un mero formalismo; tenía todas las apariencias del orden, frente al caos nacional, pero no era, no es, sino una árida rigidez, una retórica. Y este "carácter", que consiste, precisamente, en una ausencia de tono vital, sólo ha sido superado cuando las intuiciones y vivencias del mexicano se expresan con todo frenesí, y en su obligada y aireada transparencia. Villaurrutia ha logrado este orden arrebatado, luchando contra todas las ineptias retóricas de un orden bien muerto y, también, contra todas las vacuidades románticas.

En su pequeño y denso libro recoge gran parte de las tentativas y experiencias de la poesía contemporánea. El sueño, la revelación humana a través del misterio del soñar vigilante, la "vigilia" sonámbula y exasperada, el turbador silencio de la conciencia, nos hablan de la esforzada conducta poética de Villaurrutia. Cumple así, creadoramente, la frase de Malraux: "la tradición no se hereda, se conquista". Añade nuevas temperaturas líricas a nuestra poesía: desde las de ese cálido hielo que es el sueño hasta la innumerable de la muerte, de su propia muerte, que él, como terrible parcela personal, cultiva con la misma pasión y fiebre con que otros edifican sus largas vidas ruinosas. Y al cultivar su muerte, suya como su amor, como su solitario deseo, ha cultivado su vida, creándola allí donde habita su muerte. A duros golpes, a finos toques de sangre, muerte y sueño, el poeta nos entrega su vida, su libro, vivo y metálico.

Pero, además, iluminando —o ensombreciendo, poéticamente— todo estas conquistas, yo encuentro, palpo, lo mexicano. Lo mexicano que en él, como en todos nosotros, circula invisible e invenciblemente: como el aire impalpable y cálido de nuestros labios o el color, levemente triste y danzante, tímido, de nuestras palabras. De nuestras dulces palabras mexicanas, esas mismas que se hacen plásticas en una boca castellana, y que en nosotros pierden todo su cuerpo, todo su iluminado contorno. Mas lo que pierden en epicidad lo ganan en

lirismo. En este sentido también me parece ejemplar el libro de Villaurrutia: frente a la poderosa corriente poética de un Pablo Neruda, por ejemplo, para citar al más destacado y personal de los poetas hispanoamericanos, el mexicano no puede oponer sino una contenida dignidad, muy lejos, es cierto, del desdén magnífico y andaluz de Luis Cernuda; una dignidad hecha de nobleza y decoro. A igual distancia de la fácil entrega y de la altanería. Esta medida apasionada es el tono general de su libro, desde los primeros "Nocturnos", angustiados gritos, fugaces relámpagos, hasta sus últimos poemas, sobre los que la conciencia, la sobre-conciencia del poeta, vierte una extraña luz inmóvil. El rigor y el sacrificio son el clima de toda la obra. Las décimas de la muerte (*Décima Muerte*) recuerdan, pero sin que ese recuerdo tenga sabor arqueológico, a Sor Juana. Y no olvida a San Juan de la Cruz, a Santa Teresa y al mismo Lope, que en forma parecida hablaron de la muerte. Pero en ellos, como en Quevedo, la muerte no era un fin, ni algo "cultivable", sino un gozoso, fatal trance. Trance final o, mejor, *tránsito*. Y esta concepción, muy europea, muy española, no está sino de muy lejos emparentada con la tierna y desesperada actitud americana, en soledad frente a un mundo deshabitado. A Neruda, así, sólo le queda la vida, su vida y la del mundo vasto y sin forma; al mexicano Villaurrutia, en cambio, sólo la muerte.

Es en este tema de la muerte, situado ya el poeta, por lo que se refiere al tono que aporta a nuestra poesía, donde yo encuentro las virtudes que lo hacen figurar en esta exigua y exigente tradición de los heterodoxos, de los clásicos heroicos, de nuestra patria.

He dicho que, a mi juicio, la diferencia entre la actitud hispánica y la nuestra, en orden a la muerte, es que la primera piensa en ella como tránsito o trueque valioso. (Díganlo y con qué apasionante y conmovedora hermosura, todos los soldados del Ejército leal, defensores, *con su muerte*, de la *vida* de su estirpe). Para el mexicano, en cambio, la muerte es, a lo sumo, un *trance*, un *fin*. Pero más allá de los temperamentos, el libro de Villaurrutia adquiere significación universal, por cuanto en él se plantea, poéticamente, uno de los temas más elementales, antiguos, de la poesía. Tema y experiencia que el hombre moderno con visible repugnancia relega a lo más hondo de sí. El hombre moderno huye de la muerte, la borra de su conciencia como corteza vital y la reduce a un puro juicio, a un lejano saber. Mas la muerte no es una simple

verdad, ni una verdad "simple", como creen los retóricos, sino una vivencia, anterior a todo conocer y a toda experiencia. En el momento mismo en que se produce la vida, nace la sabiduría primaria y a medida que angostamos la superficie de nuestra vida vivible, vivimos la certeza de nuestra muerte. Vive, pues, en nosotros, la muerte con saludable preeminencia que contorna y limita nuestra avidez, envoltura sensible de nuestro destino, trozo fecundo de nosotros mismos. Pero ante estas palabras verdaderas del soñador, del poeta, el hombre de la calle huye; ha visto morir y sólo sabe, obscuramente, que él morirá; no vive para morir, para limitar su destino terrenal, sino que quiere vivir infinitamente, produciendo cada vez más, inerme y triste engranaje en la rueda de la sociedad contemporánea. La muerte, así, adquiere sentido brutal, antinatural, que aplasta injustamente al hombre. Y esta actitud falsa se justifica, o, por lo menos, se explica, si se piensa en la zozobra del hombre de nuestro tiempo, amenazado por una guerra bárbara, en la que le darán una muerte, una muerte atroz, que no será, precisamente, la suya, la muerte que solicita y cultiva el poeta.

Si para el occidental moderno la vida es un mero obtener, para el mestizo mexicano sólo es un moverse, un transitar. También se han roto para él, como para todos los hombres modernos, los lazos que nos atan a la tierra, al sentido de la tierra como proceso cósmico intencional, pero ha quedado más duramente ligado a una naturaleza despojada de toda dirección, puesto que en nuestras tierras no ha aparecido aún ese "sentido fraternal" que hace, en otras partes, de la camaradería revolucionaria, un depósito de los más puros valores humanos. Así, se vive en un estéril nomadismo del espíritu, en un moverse sin satisfacción posible, en un duro ámbito desolado, recorrido por hechos brutales, carentes de toda humana significación. La muerte, para el mestizo mexicano, es un "hecho". Un hecho más, estéril, del que no es posible extraer nada salvador o personal, ningún alimento. Esta actitud es fruto de toda una posición vital negativa, de la ausencia de un destino. Mas no es que se haya *agotado el destino* y que el hombre se haya realizado, sino que lo ha perdido: en esto estriba su conflicto, ya que no su tragedia.

El mexicano, durante todo un siglo, ha perdido sus raíces y su destino. Han sido relegados a los más profundos estratos psíquicos el valor y el sentido personal que la nación alimenta: el mexicano no se ha cumplido a sí mismo lo que su naturaleza profunda le reclama. Y sólo sumergiéndose en la espesa y cambiante intemporalidad de la vida podrá encontrar su propio rostro, otra

vez. Por estas hondas razones, me parece el libro de Xavier Villaurrutia, más allá de las escuelas poéticas, más allá quizá de él mismo, como un “rescate” que hace la conciencia mexicana del sentido profundo, creador, de la muerte, y puesto que el poeta nos enseña cómo crece la muerte, al compás de nuestra vida, no es remoto que mañana, el mismo, o algún otro, que lo que importa es la Poesía, nos muestre, también, cómo de la muerte nace la vida, la vida mortal, limitada, que tiene un fin. Y así, como Villaurrutia desea, como Rainer María Rilke pide, crecerá sobre nuestra vida, fruto último, nuestra muerte. “Señor, dad a cada uno su propia muerte, el morir que brota de su vida, para que tenga amor, sentido y urgencia. Porque somos nosotros la corteza y la hoja. La gran muerte que cada uno lleva en sí, es el fruto en torno al cual gira todo. Porque lo que hace extraño y difícil el morir es que no es nuestra muerte; una muerte que nos arrebatara por fin, sólo porque no hemos madurado ninguna muerte en nosotros; por eso viene una tormenta, para despojarnos de todo”.

México, 1938

OCTAVIO PAZ

Música

UNA OPERA DE MONTEVERDI EN EL TEATRO COLÓN

“L’Incoronazione di Poppea”, representada en su versión completa, constituye un espectáculo artístico que rara vez se tiene ocasión de disfrutar. No es tarea fácil infundir vida a una obra antigua escrita con bajo cifrado, en cuya composición orquestal intervienen instrumentos desaparecidos, encontrar su acento y su estilo, y forjar un cuadro escénico donde la alegoría y la realidad se codeen sin perturbarse. Creaciones de tan alta jerarquía necesitan intérpretes que mímica y vocalmente puedan acertar con el gesto y las inflexiones adecuadas a cada situación. Los cantantes imbuídos en las prácticas del teatro

verista resultan insoportables abordando obras de tan disímil musicalidad. Por eso, salvo dos cantantes de relativa eficacia (Hina Spani en el papel de Octavia y Felipe Romito en el de Séneca), el resto del elenco actuó con una total inconsciencia de su cometido. No obstante, la suprema belleza de la música supo sobreponerse a las deficiencias de la interpretación.

La concibió Monteverdi, casi octogenario, en 1642. Pero "L'Incoronazione di Poppea" resplandece de juventud. Junto con las "Ifigenias" de Gluck, el "Don Juan" de Mozart, "Tristán" y "Pelleas", pertenece a esa categoría de obras sobre las cuales el tiempo agrega tan sólo, como en los cuadros venecianos, una pátina que aumenta su poder de sugestión.

El libreto de Busenello, bastante más ingenioso y poético que los del teatro lírico habitual, evoca en una serie de cuadros breves la corte de Nerón. Recuerda el "Julio César" de Shakespeare. Cuadros cómicos, de una sutil observación popular, alternan con escenas trágicas que guardan severa continencia.

La partitura está escrita en un estilo intermediario entre el recitativo y la cantata. La música se modela sobre la palabra en plásticos "ariosos". Las arias, dúos, canciones y coros están unidos por fragmentos recitados, y el conjunto forma un bloque estatuario. Tulio Serafín, que actuó con nobleza frente a la orquesta, ofreció la transcripción de Giacomo Benvenuti, considerada una de las más respetuosas del texto original. No tiene la sobriedad de aquella que realizó Vincent d'Indy en una selección de trozos ofrecida por Ansermet en Buenos Aires (en los inolvidables conciertos de la "Cultural"), pero es sólida y grandiosa.

Como queda apuntado, contrastes de alta teatralidad oponen escenas cómicas a situaciones trágicas. A la muerte de Séneca en su agreste retiro sucede un diálogo entre el paje y la doncella que es un trozo clásico del repertorio de conciertos. El momento culminante de dramaticidad, y el mejor logrado en la representación que nos ocupa, fué el lamento de Octavia desterrada de Roma. Las frases patéticas de este "lamento" pueden únicamente parangonarse con el "lamento" de "Orfeo" o con el de la "Ariana" del propio Monteverdi.

"L'Incoronazione di Poppea" finaliza con la visión de un gran fresco histórico: Nerón invita a Popea a escalar las gradas del trono. Popea vacila al recibir el honor supremo por el cual ha luchado hasta entonces. Esta flaqueza femenina ha sido genialmente expresada por el músico veneciano. Luego los amantes cantan las dichas del amor en una página de ardiente sensualidad. Al

igual del Ticiano, que pintó sus más bellos desnudos en la vejez, Monteverdi nunca ha llegado a producir una embriaguez semejante. Una embriaguez, según su propia expresión, “en donde hay vino”.

WILHELM BACKHAUS

Al escuchar a Backhaus en el Teatro Colón, después de una larga ausencia, hemos valorado la distancia que media entre este artista y la pléyade de brillantes pianistas que año tras año prodigan sus habilidosos manipuleos. Backhaus es un ejecutante de otra categoría, cuya personalidad — tan diferente, sin embargo — evoca la figura apostólica de Eduardo Risler o la de Ricardo Viñes en sus buenos tiempos.

La austeridad de su credo artístico se evidencia en los programas que ha confeccionado, verdaderos cursos exegéticos un tanto áridos, donde desentrañó los más ocultos móviles de las 32 sonatas. Backhaus ha conseguido mostrar en cada uno de los recitales, integrados generalmente por cinco sonatas, una síntesis del pensamiento de Beethoven en sus tres clásicos estilos. No podemos dejar de reconocer que la última parte del programa, destinada a monumentales construcciones como las sonatas Op. 101, 106, 109 y 111, tomó al auditorio fatigado, sin la frescura de espíritu ni el estado de gracia requeridos para comulgar con tan excelso verbo.

Inútil sería detallar la perfección técnica del ejecutante que jamás incurre en “falsos casuales” y que vence las mayores dificultades sin esfuerzo aparente. No cabe tampoco insistir en la sonoridad orquestal de sus fuertes, la ligereza de sus trinos y “pianísimos”, la variedad infinita de sus matices. La técnica de Backhaus, tan asombrosa en sí, es la servidora del espíritu. El Beethoven que anima es reflexivo y sereno aún en los pasajes más patéticos. (Verbigracia el “Largo e Mesto” de la Sonata en Fa mayor). Backhaus rectifica la estampa tradicional: Beethoven en actitud descompuesta con la *crinière* al viento. Su versión resulta más afín a nuestra sensibilidad. Por momentos, esta serenidad asume un cierto academismo en trozos que la leyenda iluminó con fulgores de pasión. Empero, siempre agradeceremos el orden que ha sabido impartir a ese universo sonoro que es la obra pianística de Beethoven, donde el hombre, en fusión con la naturaleza, sufre y se exalta por las causas nobles.

JORGE PINTO

CALENDARIO

(REVISTA DE TEMAS DEL MES)

LOS CATÓLICOS FRANCESES Y LAS MATANZAS DE ESPAÑA. — El Ministro del Interior del Gobierno de Burgos, en un discurso pronunciado con motivo de cumplirse el primer aniversario de la toma de Bilbao, se explaya en insultos contra “los católicos franceses que se hacen aliados del marxismo”.

Este enemigo — dice el Ministro entre otras cosas — es más peligroso que el enemigo de las trincheras. Aquí, como muestra, quiero citar especialmente a Jacques Maritain. Maritain, presidente del Comité por la Paz Civil y Religiosa de España, es un judío convertido que comete la infamia de esparcir por el mundo el falso rumor de las matanzas de Franco y defender la inmensa estupidez de la legitimidad del gobierno de Barcelona. En nombre de cuatrocientos mil hermanos martirizados por los enemigos de Dios, lo desprecio y ni siquiera abordo el tema de la legalidad del comité de Barcelona. España, que hizo a la Iglesia de Cristo el gran servicio de luchar contra la herejía protestante, renueva hoy día ese servicio ante el mundo entero. Frente a ella, ¿qué pueden importarnos Maritain y sus amigos, Mauriac y todos los colaboradores de esa prensa impía? ¿Qué puede importarnos e interesarnos la sabiduría de Jacques Maritain? La sabiduría de Jacques Maritain tiene acentos que recuerdan los labios de Israel y hay en él las falsas maneras de un demócrata judío. Sabemos

que se halla en vías de recibir o que ya ha recibido el homenaje de las logias y de las sinagogas.

A continuación transcribimos la respuesta de Mauriac (*Le Figaro*, Junio 30 de 1938), titulada “Las cosas en su sitio”. Comienza diciendo:

“Ante todo es necesario advertir al ministro español que aquí, en Francia, Jacques Maritain, tiernamente amado por sus amigos, es también respetado por sus adversarios. Para muchos que pueden no compartir sus puntos de vista acerca del Tomismo, ni aprobar todas sus iniciativas y todos sus pasos, Maritain es y será siempre ese “bien-amado Jacques” a quien Ernest Psichari escribía en 1914: “Lo que tu has hecho por mí, las plegarias con las cuales has dulcificado al Buen Dios, tus palabras persuasivas, el ejemplo más persuasivo aun de tu vida tan noble, tan depurada por la Gracia, tu fraternal afección que me sostenía constantemente en el camino regio de la verdad: todo eso no puede pesarse con las pobres medidas humanas. Será menester que encuentres la recompensa más allá de esta tierra...”

“Jacques Maritain no es un “judío convertido” como lo asegura el ministro de Salamanca. Si lo fuese, no me parecería menos digno de ser amado y admirado. Pero en fin: no lo es. Creemos, sin embargo, que

aquella a quien Dios lo ha unido debió ayudarlo a devenir ese cristiano ejemplar que, como su Maestro, no hace acepción de personas, mas venera en toda criatura un alma rescatada y discierne en los rostros de todas las razas la semejanza del mismo Padre. Hay muchos actualmente, a quienes se podría creer desesperados, que saben que nada está perdido para ellos en tanto existan, en una casa de Meudon que Dios habita, este hombre y esta mujer cuya mirada y cuya voz les aportan más que una promesa: la presencia visible de la Misericordia.

“Después de haber rendido a mis amigos este testimonio, quisiera darle al Señor Ministro de Salamanca las razones de nuestra actitud. Por de pronto, siempre hemos creído que el pensamiento del católico, con respecto a las cosas temporales, permanece libre. Como lo decía Gabriel Marcel en una conferencia de Chrétienté: “Un católico no puede ser obligado, en tanto que católico, a tomar partido por tal o cual clan en guerra contra otro”. En lo que a mí concierne, a las primeras noticias del levantamiento militar y de las masacres de Barcelona reaccioné como hombre de derechas; pero la presencia de los Moros, la intervención en bloque de las escuadrillas y de las tropas italianas y alemanas, los métodos atroces de la guerra total, aplicados por jefes militares a un pobre pueblo que es su pueblo, los sufrimientos de los Vascos culpables del crimen de no-rebelión, plantearon, a los católicos franceses un caso de conciencia doloroso. No ignoraban, en efecto, que del otro lado de la barricada el gobierno legal estaba sostenido por las fuerzas conjuntas del marxismo y de la anarquía.

“Lo que determinó nuestra actitud fué la pretensión de los generales españoles de conducir una guerra santa, una cruzada, de ser los soldados de Cristo. En esto quisiera que

al fin se nos comprendiese. Amables colegas han escrito chistosamente que yo lamentaba que sólo hubieran habido quince mil sacerdotes ejecutados y encontraba esta cifra insuficiente. Hablemos con seriedad: los sacrilegios y los crímenes cometidos por una multitud armada y furiosa, al día siguiente de una rebelión militar reprimida, son de un horror insoportable. Pero nosotros decíamos que los asesinatos cometidos por Moros que llevan un Sagrado Corazón prendido a su albornoz, que las eliminaciones sistemáticas, los cadáveres de mujeres y de niños dejados tras de sí por aviadores alemanes e italianos al servicio de un jefe católico y que se dice Soldado de Cristo, constituyen otra clase de horror, del cual quizá tengais derecho a escandalizaros menos que nosotros; pero no depende de ninguno de nosotros que sus consecuencias no sean terribles para la causa que debería importarnos por encima de todas las otras, y que es el reino de Dios sobre la tierra.

“No entro a juzgar las razones que hayan podido decidir a ciertos hermanos de España a tomar las armas contra un gobierno que encontraban injusto. No previeron todas las consecuencias aterrorizadoras de su gesto. Comprendo también que al Episcopado y al Clero les sea ahora difícil dominar un conflicto en el cual se encuentran tan trágicamente comprometidos. Pero de allí ha nacido esta desgracia espantosa: en adelante, para millares de españoles, fascismo y cristianismo se confunden, y no podrán odiar al uno sin odiar al otro.

“En las circunstancias difíciles en que os encontráis — escribía el Santo Padre al Episcopado mexicano, el 2 de Febrero de 1926 — es más que nunca necesario que vosotros y vuestro clero, como también las asociaciones católicas, permanezcáis completamente apar-

tados de todo partido político, a fin de no suministrar a vuestros adversarios ningún pretexto para confundir la Religión con una facción política cualquiera”.

Más adelante, Mauriac se refiere a los progresos del catolicismo francés en las clases obreras.

“No es ahora — agrega —, cuando el esfuerzo de tantas generaciones cristianas y devociones obscuras obtiene su propósito, que dejaremos comprometer el Evangelio desde el humilde plano en que nos toca actuar. Que la horrenda ley de la guerra os haya arrastrado a esas eliminaciones cuyo horror nos ha descrito Bernanos en un libro imperecedero, a esos bombardeos de ciudades abiertas, que os haya obligado a sufrir el yugo de esa alianza monstruosa con el Racismo enemigo de la Iglesia, tan temible, tan virulento como el comunismo: una vez más, no entramos a juzgaros. Vuestras intenciones podrán ser rectas. Pero nosotros nos sentimos responsables frente a ese pueblo fiel que no tenemos el derecho de engañar. Jacques Maritain, alzándose con todo el poder de su dialéctica y todo el fuego de su caridad contra la pretensión de los generales españoles de conducir una guerra santa, ha prestado a la Iglesia un servicio cuyo alcance nos ayuda a medir el furor que suscita.

“No nos creemos infalibles, pero no dejaremos de afirmar lo que nos parece verdadero en el momento en que la guerra civil española quizá toca a su fin. Porque entonces, cuando todo parezca haber terminado, comenzará el reino absoluto de la Fuerza. Y la Fuerza que se sirve de la Iglesia es la mayor desgracia que puede abatirse sobre un pueblo cristiano. Es también el mayor crimen, si continúa siendo eternamente verdadera la palabra que repetía al declinar su vida el viejo

apóstol (aquel cuya cabeza había reposado sobre el pecho del Señor): “Mis bienamados, Dios es amor”.

TRES ALOCUCIONES DE PÍO XI. — El Papa ha querido asignar una importancia extraordinaria a las palabras contenidas en su discurso sobre el nacionalismo (que publica íntegramente *L'Osservatore Romano* del 16 de julio), pronunciado pocos días después de iniciarse en Italia la campaña racista emprendida por el Ministerio de Cultura. Luego de calificar al nacionalismo exagerado de “maldición que produce la esterilidad apostólica”, el Sumo Pontífice agrega: “Este nacionalismo exagerado impide la salvación de las almas y levanta barreras entre los pueblos. Es contrario, no sólo a la ley de Dios, sino a la fe misma y al Credo que cantamos en todas las catedrales del mundo. Las palabras del Credo dicen: “Credo unam, sanctam, Catholicam Ecclesiam”. Católico quiere decir universal: no hay otra traducción posible. Es evidente el contraste entre el nacionalismo exagerado y la doctrina católica. Su espíritu se opone al espíritu del Credo y se opone a la fe. Nunca, como hoy, nos hemos dado cuenta con tanta precisión de estos pensamientos ni hemos llegado a formularlos en forma tan absoluta y con tanta intransigencia. Porque hoy se trata de una verdadera forma de apostasía. Ya no es una idea u otra la falsa: todo el espíritu de la doctrina es contrario a la fe de Cristo”.

Al día siguiente, recibiendo a 76 parejas de recién casados, Pío XI aludió a los peligros que acechan al Catolicismo: “Muchas personas, en vuestro país, son enemigas de la vida católica. No le dan esa apariencia racional y bienhechora que todas las leyes deberían darle. No es de la vida católica de

donde pueden temerse peligros, sino del comunismo, del bolcheviquismo, o de algo peor aún”.

La respuesta a manifestaciones tan categóricas fué una violenta campaña racista de la prensa italiana. Como esta prensa pretendiera interpretar torcidamente sus palabras, Pío XI pronunció otra alocución el 21 de Julio, donde condena una vez más al racismo y al nacionalismo exagerado y llama a éste, pura y simplemente, “nacionalismo”:

“Católico quiere decir universal. Por tanto: no racista, no nacionalista, no separatista, sino católico”.

UNA OBRA CONTINUADA AL CABO DE VEINTICINCO AÑOS. — Thomas Mann ha completado con cinco capítulos, escritos recientemente, su famosa novela corta intitulada *Bekenntnisse des Hochstaplers Felix Krull* (“Las confesiones de Félix Krull, caballero de industria”) que data de 1912. La obra entera acaba de aparecer en Amsterdam, editada en su idioma original por la “Querido Verlag”. Dicha casa inicia con ella la publicación holandesa de una serie de autores alemanes desterrados de su país. El optimista estafador prosigue ahora su *Buch der Kindheit*, escrito desde la cárcel, y los episodios de su juventud y edad madura son tan divertidos como los de su infancia. Refiriéndose al primitivo Félix Krull, Thomas Mann supo decir:

“Este libro expresa mi actitud hacia la tradición, actitud siempre comprensiva e imparcial, que condiciona mi cometido de artista. Habiéndolo escrito con tanto deleite, no me asombra que algunos excelentes críticos lo consideren mi mejor y más alegre producción. En cierto sentido, quizá sea la más personal”.

SIEMPRE EL MISMO. — Bernard Shaw (*The New York Times Book Review*, julio 24 de 1938) denuncia como “una mentira diabólica” la noticia aparecida en un reportaje, en el cual se lo hace aparecer tomando extracto de carne para curar su anemia. Niega que haya estado seriamente enfermo y afirma mantener todos sus principios, entre los cuales ocupa un lugar preeminente el régimen vegetariano.

ANDRÉ MAUROIS EN LA ACADEMIA FRANCESA. — François Mauriac se pregunta en un amable artículo que le consagra con este motivo (*Revue de Paris*, julio 15 de 1938) “¿qué lugar ocupa Maurois entre los escritores de nuestra generación? Ante todo — contesta — estaría tentado de afirmar que es el más inteligente, si no escuchara de inmediato a Jules Romains soplarle al oído: “el más inteligente soy yo”. Hay que conformarse, pues, con ponerlo en el rango de aquellos de los cuales se decía en el colegio: “entienden al vuelo”. Me aseguran que su maestro Alain, no obstante haber hecho madurar tan bellos frutos (incluso algunos un tanto excesivos, un tanto forzados) recuerda a nuestro amigo como al bachiller más deslumbrante entre todos los que, durante medio siglo, creyó enseñarles a prescindir de Dios”.

OTRO ACADÉMICO. — Se trata de Charles Maurras y de un juicio adverso que le dedica Jean Cassou en el número 187 de *Europe* (julio 15 de 1938). “La Academia, al elegir a Maurras, acaba de jugarle una mala pasada a la República. ¿Vale la pena enojarse?”. Cassou justifica el movimiento

de protesta que esta elección ha suscitado. "Nada es menos gracioso que los chistes de los ancianos. Nada es más triste que la reacción cuando comete con petulancia ciertos gestos que estima subversivos".

"El carácter del señor Maurras es solitario y rebelde. No puede negarse que hay una especie de fuerza en su pensamiento indigesto, concentrado, macizo, que rehusa seguir la marcha del tiempo. La sordera física y moral de este hombre lo aísla en medio de su época y hace de él un astro opaco, cuyas radiaciones interiores se neutralizan mutuamente. La Academia, al elegirlo, ha querido molestar al gobierno. La culpa es imputable al mismo Maurras que transformó su áspera soledad en partido político, y éste, justamente, no tiene otra preocupación fuera de hacer trastadas y fastidiar al gobierno".

Cassou analiza la retórica de Maurras, vuelta hacia las realidades concretas, sociales y humanas e incapaz de integrarlas, que se ha transformado en rabia nacionalista y volcado paradójicamente contra Francia. "Maurras, como su nombre lo indica, es de origen árabe. En todo caso, procede de los confines de Francia: por eso ha permanecido siempre al margen de lo que constituye el fondo, la esencia, el movimiento interior de la historia francesa. De los líricos franceses, nunca admitió sino a Mistral (porque escribía en provenzal), a Chenier (porque era de Constantinopla) y a Moréas (porque era de los Balkanes). No niego, ciertamente, la parte que estos tres hombres ilustres han tenido en la elaboración de nuestra compleja literatura. Admiro con fervor al genio provenzal, hermano de ese genio catalán en cuya destrucción se encarnizan, en los momentos actuales, los aviones alemanes e italianos. Pero de la muy levantada y humana idea que lleva el nombre sagrado de Mediterráneo,

en Maurras sólo es posible reconocer una árida caricatura. ¿Mediterráneo Maurras? En efecto, si se considera que ha introducido en el dominio de las cosas espirituales las costumbres de los nervi, de los derviches ambulantes y de los vendedores de tapices".

MÁS CARTAS DE PROUST. — Las publica George de Lauris (*Revue de Paris*, junio 15 de 1938), suponiendo "que puedan aclarar, a su manera, ciertos rasgos de una fisonomía que no ha cesado, que no cesará durante mucho tiempo de interesar, porque siempre habrá de sorprender". Georges de Lauris se ilusiona: estas nuevas cartas de Proust no interesan ni sorprenden. Revelan a ese Marcel mundano que generalmente causa una impresión tan penosa (amaneramiento, astucia, complacencia, adulación, puerilidad) y del cual ha dicho Pierre Abraham: *Proust, oui. Pas Marcel*. A título anecdótico extraemos los siguientes párrafos del artículo que las precede:

"En ese momento (1904) Proust parecía totalmente desprovisto de ambición. Si bien se veían en su carácter constantes rastros de inquietud sentimental, no se advertía jamás la sombra de una inquietud intelectual. No se buscaba a sí mismo, como la mayoría de nosotros. De aquel entonces data la publicación de sus traducciones de Ruskin, cuyas notas revelan la más asombrosa cultura. Marcel ponía gran conciencia en ajustarse exactamente al texto inglés. El Príncipe de Brancovan, director de "*La Renaissance Latine*", le preguntó una tarde: "¿Cómo hace usted, Marcel, puesto que no sabe una palabra de inglés? En realidad, Proust sólo conocía el inglés de Ruskin. Se hubiese visto en apu-

ros en un salón inglés y hasta en un restaurant para poder pedir una chuleta”.

“Gustaba mucho recibir. Una vida como la de Voltaire en Ferney, donde hubiese tenido libertad para encerrarse, rodearse de silencio, y de pronto aparecer, brillar y conversar largas horas bajo las arañas resplandecientes de una cena, le hubiese convenido admirablemente. No toleraba la bohemia, la franqueza excesiva, las familiaridades invasoras. En las comidas que ofrecía en su casa se mostraba atento al protocolo. Asistían algunos académicos. Recuerdo la fina silueta de Paul Hervieu. Lo veo a Barrès, a Hermant. En fin, la veo, la oigo a Madame de Noailles. Y tanto la oigo que no la imagino comiendo lo que se hallaba en su plato. Se me aparece de perfil, joven aguilucha vuelta hacia Marcel y en todo el fuego de su conversación. En una de sus comidas, Marcel hizo adornar la mesa con las florecillas campestres que ella citara en un poema. Estas florecillas, encargadas a un gran florista como Lachaume o Vaillant-Rozeau que no las vendía ordinariamente, valían su peso en oro. Madame de Noailles se maravilló. Quizá, hasta entonces, las había conocido únicamente por el nombre.

●

PREMIOS NACIONALES DE POESÍA. — Esta vez los premiados por la Comisión Nacional de Cultura son tres poetas de indiscutible valor. Fernández Moreno, el intérprete humilde y tierno de la ciudad y del campo argentino, ha recibido el primer premio por sus libros “Romances”, “Dos Poemas” y “Seguidillas”. En cuanto a Bernárdez y Marchal, segundo y tercer premio respectivamente, constituyen sin duda alguna dos poetas jóvenes de extraordinaria pureza que han infundido a nuestra lírica acentos de un

misticismo desconocido hasta entonces. Asiduos colaboradores de esta revista desde los primeros números, su triunfo en cierta forma es también nuestro y nos emociona doblemente. “El Buque” y “Cielo de Tierra” de Bernárdez, y “Laberinto de Amor” de Marchal, que merecieron la distinción acordada, fueron editados por “SUR”.

●

SOBRE PROPIEDAD INTELECTUAL. — Haciéndose eco de la polémica motivada por el enérgico artículo de Ortega y Gasset sobre las ediciones clandestinas, aparecido en el N° 38 de “Sur”, y que fuera refutado por la “Alianza de Intelectuales de Chile”, la revista “Letras de México” (Julio de 1938) inserta el siguiente llamado a los intelectuales de ese país:

“Letras de México” invita a los escritores mexicanos a externar su opinión sobre el problema de las ediciones clandestinas, en que tan vivamente se han interesado los autores españoles, argentinos y chilenos. En páginas interiores de este número se reproduce el folleto que recientemente se hizo circular en Chile, y que incluye algunos de los documentos más importantes acerca del asunto. Frente a los datos allí aportados y las ideas bases allí removidas, y sin la limitación de una pregunta concreta, los escritores mexicanos a quienes más de cerca toque el caso, y todos aquellos que quieran hacerlo, escribirán comentarios que tiendan a declarar cuál es en México el sentir de los autores con respecto a la defensa de la propiedad artística e intelectual”.

●

POESÍA LÍRICA AZTECA. — Bajo el signo de *Abside*, revista de cultura mexicana, An-

gel M^a Garibay da a conocer un esbozo de síntesis crítica de la poesía lírica azteca. Es este ensayo, por muchos conceptos, un valioso aporte al estudio de la poesía prehispánica representada por algunos poemas existentes en códices y otros conservados gracias a la trasmisión oral. A continuación transcribimos un breve pasaje de tan interesante estudio.

“Cuatro son principalmente los géneros de la lírica azteca: el Cuauhcuícatl, llamado también Yaocuícatl, es decir, “Canto de Aguilas”, “Canto de guerra”, en el cual se celebran las hazañas de los caudillos, los hechos de armas famosos, las peripecias de la guerra y cuanto con ella se enlaza.

El Xochicuícatl, o sea: “Canto de flores”, o florido, que tiene muchos puntos de contacto con los idilios y con las odas de nuestra literatura greco-romana. En ellos es donde se ha de buscar lo que de delicado y dulce puede hallarse en esta sombría, lenta y a veces monótona poesía.

El Icnocuícatl, que corresponde a la elegía de nuestras actuales letras, ya que en este género de poesía se celebra o llora todo cuan-

to encierra amargura y dolor, desolación y desamparo, orfandad y abandono: ideas todas comprendidas en el significado de la palabra azteca que forma el primer elemento del nombre. También en este género pueden recogerse bellas y bien logradas muestras de lírica.

Sigue el Teponazcuícatl, a veces llamado Huehuecuícatl, nombres que podríamos traducir “Canto atabálico”, “Canto de tamboril”, Canto que se entona con acompañamiento de los dos instrumentos musicales que hasta nosotros han llegado en uso: el teponoztli, tambor mayor, y el huéhuetl, tambor menor. Lo peculiar de estos cantos es que son para ser cantados por muchos en sus danzas, areitos tocotines, como llaman los viejos escritores a los bailes maravillosos de la sociedad azteca. Son cantos a veces rituales, a veces patrióticos, a veces en celebración privada, escritos y cantados, no por uno ni por veinte, sino por cientos y a veces por miles de personas. Son ciertamente los más complicados y de carácter mixto, ya que en ellos se dan la mano los loores de los hechos guerreros o de la historia antigua con las efusiones personales del poeta”.

I N D I C E

| | <u>Pág.</u> |
|--|-------------|
| Sarmiento, por <i>Victoria Ocampo</i> | 7 |
| En torno al <i>Facundo</i> de Sarmiento, por <i>Américo Castro</i> | 26 |
| La generación de Sarmiento y el problema de nuestro destino, por <i>Aníbal Sánchez Reulet</i> | 35 |
| Lección de actualidad, por <i>Sebastián Soler</i> | 47 |
| Escorzo del "Doctor Montonero", por <i>Bernardo Canal Feijóo</i> | 57 |
| N O T A S | |
| El testimonio de Bernanos y la responsabilidad del cristianis- mo, por <i>Robert Weibel-Richard</i> | 64 |
| Un ministro nacionalista insulta a Maritain, por <i>Rafael Pividal</i> | 70 |
| DOCUMENTOS: La unidad entre los católicos, por <i>Augusto José</i> <i>Durelli</i> | 72 |
| LETRAS HISPANOAMERICANAS: La amortajada, por <i>Jorge Luis</i> <i>Borges</i> | 80 |
| Cultura de la muerte, por <i>Octavio Paz</i> | 81 |
| MÚSICA: Una Opera de Monteverdi en el Teatro Colón. Wilhelm Backhaus, por <i>Jorge Pinto</i> | 85 |
| CALENDARIO (Revista de temas del mes) | 88 |

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia.

Todas las colaboraciones que no llevan al pie indicación alguna respecto al lugar de donde proceden, han sido escritas en Buenos Aires.

Los originales deben ser enviados a la Dirección: Viamonte 548.

No se aceptan colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas.

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 037921

Título de marca N° 159.486.

ESTE CUADRAGÉSIMO SÉPTIMO NÚMERO DE
"SUR" ACABÓSE DE IMPRIMIR EL DÍA
TREINTA DE AGOSTO DE MIL NOVE-
CIENTOS TREINTA Y OCHO, EN
LA IMPRENTA LÓPEZ
PERÚ 666, BUENOS AIRES

